

HARLEQUIN Deseo

Un asunto pendiente

Barbara McCauley

Un asunto pendiente
Barbara McCauley
15º Secretos o Blackhawk-Sinclair
Un asunto pendiente (2007)
Título Original: Blackhawk's affair (2007) **Serie:** 15º Secretos o Blackhawk/Sinclair
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1536
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jordan Grant y Alexis Blackhawk

Argumento

¡Estaba teniendo una aventura con su propio esposo!

Durante ocho largos años, Alexis Blackhawk había creído que su matrimonio de juventud con Jordan Grant había quedado anulado y en secreto. Pero el empresario petrolífero nunca había llegado a presentar la petición de nulidad, por lo que seguía atada al hombre al que tanto detestaba… y al que tanto deseaba en secreto.

Alexis le exigió a Jordan que la dejara libre de una vez y para siempre…

Pero, ¿se atrevería a alejarse de él realmente cuando llegara el momento?

Capítulo Uno

Jordan Alastair Grant había creado un imperio manteniéndose un paso por delante de la competencia y dos por delante de su pasado. Había sido rico, había sido pobre, había sido rico otra vez. El dinero en sí mismo significaba poco para él. Los coches exclusivos, las casas diseñadas a su gusto, el avión privado de empresa…todo eso no eran más que cosas para él. Medios para obtener un fin. Lo que realmente le provocaba una descarga de adrenalina era ganar. Ese pinchazo de placer en las tripas cuando un oponente tiraba la toalla o caía noqueado.

Siempre había pensado que los negocios no eran más que un juego. Acciones, petróleo, inversiones… cada transacción no era más que otro lanzamiento de dados, una pieza nueva sobre el tablero de juego.

Su aspecto era de hombre poderoso. Medía uno noventa, cabello espeso, oscuro y cortado con precisión y el cuerpo sólido y musculoso de un atleta, que se mantenía en forma ejercitándose a diario en su gimnasio. Su rostro, de rasgos duros y pronunciados, tenía la capacidad de intimidar con una mirada cortante de sus ojos verde botella, o de encandilar con el mínimo esbozo de sonrisa de su boca ancha y firme. Sus cejas oscuras, dependiendo de su humor, o su deseo, podían hacer temblar a un adversario o provocar un mareo a una mujer.

Alguna gente podía pensar que era frío y calculador, pero eso le daba igual.

Mientras consiguiera lo que deseaba, le importaba bien poco la opinión de los demás.

Oyó cómo se abría la compuerta del puente de aterrizaje del avión y miró su Rolex. Justo a la hora prevista.

—Aterrizaremos en diez minutos, señor Grant.

Denise, la azafata, se acercó. Era una pelirroja atractiva con hoyuelos en las mejillas, sonrisa de participante en concursos de belleza y ojos avellana. Sustituía temporalmente al equipo de vuelo habitual de Jordan.

En los últimos años había viajado con más frecuencia de la que deseaba, pero con oficinas en Dallas, Lubbock y Houston, por no mencionar la sucursal de la Costa Oeste, no había tenido otra opción. A sus treinta y cuatro años, ya había tenido bastante de trabajar doce horas al día, siete días a la semana; la mayor parte del tiempo en reuniones de junta directiva o en aviones. Jordan había dedicado horas y sudor a sus empresas y negocios y había hecho una fortuna. Cuando era más joven había disfrutado del reto que eso suponía, pero

ya estaba listo para avanzar, o mejor dicho, para dar marcha atrás.

Para regresar a sus raíces.

Jordan había crecido en Five Corners, veinte mil acres de la mejor tierra del este de Texas, que incluían ganado, madera y petróleo. El padre de Jordan, Richard Grant, había sido un bostoniano gentil y educado, con buenas conexiones sociales, pero sin dinero. Entonces apareció la madre de Jordan, Kitty Turner, hija de un rico ganadero con montañas de dinero pero ninguna conexión.

Había sido una unión, una fusión de intereses hecha en el cielo.

Pero aunque Richard apreciaba y disfrutaba del dinero que conllevaba su matrimonio con Kitty, detestaba todo lo relacionado con el rancho y con vivir al este de Texas. Odiaba el aislamiento, el trabajo físico y la camaradería de los «chicos».

Richard había considerado que Five Corners estaba muy por debajo de él.

Perdido en sus pensamientos, Jordan no se había dado cuenta de que Denise seguía de pie a su lado, preguntándole algo. Alzó la cabeza y comprendió que quería saber si le apetecía más café.

—No, gracias.

—¿Quiere que pida al piloto que avise a su chófer? —se inclinó sobre él para recoger la taza vacía.

—No hace falta —no le pasó desapercibido el sutil roce de la mano de la mujer en su brazo, ni su mirada—. Va a recogerme un amigo.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor?

Él negó con la cabeza y la vio girar y alejarse lentamente, para prepararse para el aterrizaje. Estaba seguro de que la mujer podría hacer muchas cosas por un hombre, pero ese día sólo tenía a una mujer en mente.

Una de pelo negro como el azabache, ojos color zafiro y piernas interminables.

Aún recordaba la sensación de esas piernas rodeando su cintura.

Desechó el recuerdo y el pinchazo que había sufrido su orgullo cuando esas piernas se alejaron, dejándolo plantado. Reconoció, con desgana, que había sido más que un pinchazo. Más bien como el golpe de una bola de demolición en la boca del estómago.

Pero eso había sido hacía ocho años. Había creído que estaba enamorado. Peor aún, había creído que ella lo estaba. Un error que no había vuelto a repetir.

Las ruedas del pequeño avión tocaron suavemente la pista del aeropuerto privado, dieron un par de botes y condujeron la máquina hasta el final de la pista de asfalto. Miró por la ventana y vio que el familiar color verde del bosque ardía con tonos otoñales. Él había

crecido en esos bosques: había jugado a las guerras y construido fuertes cuando era un niño; se había roto el brazo saltando al lago desde una roca a los catorce años, y a los dieciséis había estrellado su primera furgoneta pocos días después de estrenarla, una Ford plateada con tapicería de cuero negro, contra un pino. Aún tenía una fina cicatriz sobre la ceja izquierda, que se hizo al golpearse la frente con el volante.

Jordan miró con fijeza los densos árboles y pensó en otras experiencias que había tenido allí, experiencias sexuales mucho más intensas. Recuerdos que habrían hecho ruborizarse a una colegiala.

Sabía que a ella no le gustaría que estuviera de vuelta, pero le daba igual.

Después de ocho años le importaba un cuerno lo que le gustara o no.

Había llegado la hora.

Octubre siempre había sido el mes favorito de Alexis Blackhawk. Cuando empezaba a suavizarse el opresivo calor de los húmedos días de verano y las noches se hacían largas y frescas. De niña, había adorado los suaves tonos amarillos de los álamos, los rojos tierra de los robles y el vibrante naranja de los puestos de calabazas a los lados de la carretera.

En ese momento, sin embargo, lo que más adoraba era el descapotable rojo brillante que acababa de poner en cuarta. Con la carretera ante ella, Mary J. Blige sonando en la radio y el viento nocturno golpeando su reciente y elegante corte de pelo a la altura de la barbilla, Alexis no pudo evitar pensar: «La vida es fantástica».

Tomó la curva de salida de la autopista demasiado rápido, y tuvo que sujetar con fuerza el volante cuando el coche patinó lateralmente. Sonriendo, apretó la suela de su zapato de tacón de Jimmy Choo contra el acelerador, haciendo que las ruedas traseras del coche escupieran polvo y gravilla mientras tomaba el familiar camino de tierra que llevaba a los establos Stone Ridge. A pesar de los baches y bultos, el deportivo se manejaba como un sueño, y el poder del motor repiqueteaba en su cabeza y cantaba en su sangre.

«Tal vez tenga que comprarme uno de éstos cuando vuelva a casa», pensó, aunque viviendo en Nueva York sería una frivolidad, sobre todo porque no tendría muchas oportunidades de conducirlo.

Sin embargo, podía permitirse ser tan frívola como quisiera. Su sonrisa se ensanchó. Heredar millones de un abuelo al que no había llegado a conocer, le había dado la posibilidad, y la libertad, de ser tan absurdamente frívola como quisiera. De un día para otro, había pasado de tener dos tarjetas de crédito al límite, una cuenta bancaria

en números rojos y estar a menos de dos semanas de que le cortaran la luz, a tener suficiente dinero como para no saber qué hacer con él.

Aunque no había tardado mucho en averiguarlo, desde luego. Después de un maratón de tres días comprando ropa en la Quinta Avenida, había encontrado y comprado el piso de sus sueños en el West Side. Era tan perfecto como se puede ser.

Cuando se instalara, pensaba colaborar en el incremento del Producto Interior Bruto adornando con gusto cada una de las grandes y bonitas habitaciones de techos altos, por no hablar de llenar el vestidor del dormitorio principal.

Tantos zapatos que comprar, y tan poco tiempo para hacerlo.

Sus faros iluminaron un pasto en el que unas vacas adormiladas apenas levantaron la cabeza para saludar a su visitante nocturno. Junto a los establos, apagó la radio y los faros y condujo lentamente hasta detenerse ante la casa en la que había nacido.

Llevaba tiempo sin volver a casa, más de un año, pero nada había cambiado. A decir verdad, nada había cambiado en el rancho de su familia en sus veintisiete años de vida. La misma casa blanca de madera, las mismas contraventanas de antes de la guerra civil, la misma madreselva trepando con voracidad por las columnas del porche. Inhaló su aroma, y disfrutó la quietud, se oía el canto nocturno de un sinsonte y el croar de un sapo.

Tenía muchos recuerdos de allí. Algunos la reconfortaban. Otros, prefería olvidarlos.

Apagó el motor y salió del coche. Miró la casa a oscuras e hizo girar sus cansados hombros. Como sus hermanas y hermano no la esperaban hasta el día siguiente por la tarde, estarían dormidos. Así de emocionante era vivir en un rancho, pensó, moviendo la cabeza y sonriendo. No sabía qué era peor, si acostarse antes de la una de la mañana o levantarse a las seis.

Con un suspiro, agarró una bolsa de fin de semana del asiento delantero y, sin sacar el resto del equipaje del maletero, entró en la casa. Tras vivir en la ciudad durante los últimos nueve años, casi había olvidado la oscuridad de una noche sin luna. Sus zapatos taconearon en el suelo de madera así que se los quitó y caminó de puntillas, recordando sus días de adolescente, cuando llegaba tarde y rezaba para que su hermano mayor, Trey, no la oyera.

Siempre la oía, por supuesto, y la discusión que seguía no sólo despertaba al resto de la casa, sino a todo el condado. Ella le decía que dejara de tratarla como a una niña y él replicaba que dejase de comportarse como una. Argüía que no tenía por qué hacer lo que él dijera y él contestaba que sí, al menos hasta que llegara alguien más

grande y malvado que él.

Como no había muchos hombres más grandes que Trey en Stone Ridge y, en su opinión, ninguno más malvado, él siempre ganaba. Kiera y Alaina siempre se compadecían de ella, a puerta cerrada, pero nunca intercedían ni cuestionaban la autoridad de Trey. Era el hombre de la casa, quien había dado el paso de hacerse cargo de todo cuando su padre se marchó.

Su madre, Alexis recordó aquellos días con tristeza, no podía dominar a una adolescente rebelde. La mayoría de los días su madre apenas podía salir de la cama, y menos aún dirigir un rancho o cumplir con su papel de progenitora. Así que Trey lo había hecho todo, asumiendo todas las responsabilidades y dirigiendo a la familia con la misma mano de hierro con la que dirigía el rancho. No recordaba haberlo oído quejarse ni una sola vez.

Había cosas de las que Alexis se arrepentía, cosas que había dicho y hecho para dificultarle la vida aún más a su hermano. Pero el pasado había quedado atrás y el arrepentimiento era una emoción inútil. Había conseguido obtener becas y encontrar los empleos temporales suficientes para ir a la universidad. Se había diplomado en moda y le gustaba pensar que, a lo largo del proceso, había madurado. Tenía un empleo de ensueño como editora de la revista *Impresions*, un hombre fantástico con quien había empezado a salir recientemente y, desde hacía muy poco, un montón de dinero. Todos los días, cuando se despertaba, tenía que pellizcarse para convencerse de que no estaba soñando.

El que Kiera y Alaina estuvieran las dos enamoradas de hombres fantásticos, y comprometidas, era la guinda de la tarta, de la tarta de boda.

Faltaba menos de una semana para la boda de Kiera, y la de Alaina tendría lugar poco después. Habían planificado pasar unos días juntas en el rancho como una especie de despedida, una oportunidad de restablecer el contacto antes de que maridos y bebés entraran en escena.

En adelante todo sería diferente, pensó Alexis, con una mezcla de tristeza y placer. Pero aun así era bueno y sabía que no tardaría en oír el sonido de piecitos correteando sobre los suelos de madera. Decidió que iba a ser una tía fantástica.

El dedo del gordo de su pie chocó contra la pata de una mesa y Alexis se tragó una palabrota. Esperó a que el dolor disminuyera y después subió lentamente las escaleras. Sabía exactamente dónde pisar para evitar los crujidos de la madera, un truco aprendido en sus años de instituto. Cuando llegó arriba fue tanteando hacia el dormitorio de

invitados, entró y encendió la luz.

La cama y el suelo estaban llenos de cajas de cartón, algunas marcadas con el nombre Alaina, y otras con Kiera; Alexis comprendió que no podría dormir allí esa noche. Con un suspiro, apagó la luz y cruzó el pasillo hacia la habitación de Alaina.

Aunque no veía nada en la oscuridad, oyó el ritmo pausado de su respiración y se encaminó hacia la enorme cama con dosel. El colchón se hundió cuando se sentó al borde, pero Alaina no se inmutó. En silencio, Alexis se quitó la chaqueta beige y los pantalones de crepé. Sin quitarse la camisola, se metió bajo las frescas sábanas.

Aunque sólo fuera por unos días, era agradable estar en casa de nuevo.

Mientras crecían, Alaina y ella habían compartido dormitorio y habían pasado muchas noches despiertas, hablando de chicos y de la escuela, o quejándose de Trey.

Si había algo en lo que habían estado por completo de acuerdo, Kiera incluida, era en que su hermano mayor era un mandón despiadado.

Un mandón despiadado al que querían con locura.

Pensó en otro hombre, a quien también consideraba un mandón despiadado, y a quien también amaba intensamente. Pero pensar en ese hombre sólo le provocaba dolor, así que borró su imagen. Alexis se dijo que no era momento de pensar en sueños rotos, era tiempo de celebraciones y de ser feliz.

Se tumbó de costado y se acurrucó bajo las sábanas, rendida por el agotamiento de un largo y ajetreado día de trabajo y viaje. Cerró los ojos y se entregó lentamente al sueño, con la extraña sensación de que en algún lugar algo no iba del todo bien…

Había una mujer en su cama.

Jordan parpadeó un par de veces, para asegurarse de que no seguía soñando y después se restregó los ojos.

No. No era un sueño. De verdad había una mujer en la cama, a su lado.

Estaba de espaldas a él, abrazada a su almohada, casi al borde de la cama. Se apoyó en el codo y, con la luz grisácea del amanecer, estudió la silueta del largo y esbelto cuerpo. Las puntas del cabello oscuro y espeso acariciaban su grácil cuello, y el remate de encaje de una camisola blanca asomaba bajo el borde de la sábana.

Jordan levantó la sábana y miró debajo.

Al fin y al cabo, si alguien le había puesto un regalo delante, lo menos que podía hacer era mirarlo.

Vio un tanga blanco y tragó aire, con los dientes apretados. Bonito,

más bien muy bonito, trasero. En su cadera se veía un pequeño unicornio apoyado en las patas traseras, con la crin blanca al aire. Ella se revolvió y se tumbó de espaldas.

Vaya, vaya, vaya. Jordan enarcó una ceja. Su regalo no hacía más que mejorar.

Notó que se había cortado el pelo, y decidió que el estilo corto y revuelto encajaba muy bien con su rostro en forma de corazón. Aunque de forma sutil, los ángulos de sus pómulos altos se habían agudizado, al igual que la delicada forma de su mandíbula. Pero su boca no había cambiado. Seguía siendo igual de ancha y carnosa, curvada hacia arriba en las comisuras. Todavía igual de tentadora.

Ella suspiró suavemente y colocó una mano junto a su cabeza. Curvó los dedos largos hacia la palma; tenía las uñas perfectamente arregladas. Al recordar la sensación de esas manos sobre su piel, se le aceleró el pulso.

Supuso que, si fuera un caballero, podría bajarse de la cama y al menos ponerse unos vaqueros antes de que ella se despertara. Incluso podría salir de la habitación sin despertarla, y ahorrarle un montón de vergüenza cuando abriera los ojos y descubriera que no se había metido en la cama con su hermana esa noche.

Pero no se sentía demasiado caballeroso en ese momento. Apoyó la cabeza en la palma de la mano y siguió observándola; además no sería ni la mitad de divertido actuar con caballerosidad.

Pensó que olía tan bien como se veía. Como una brisa cálida en una playa exótica. Inhaló el aroma, y dejó que su mirada recorriera la esbelta columna de su grácil cuello hasta llegar al tranquilo y rítmico ascenso y descenso de sus generosos pechos. Esa vez su pulso no dio un bote, se desbocó.

Deslizó la punta de un dedo a lo largo de su mandíbula y susurró su nombre.

—Alexis.

Como no reaccionó, mandó al infierno la cautela, al fin y al cabo era humano, y dejó que su dedo siguiera cuello abajo, hasta la base, donde se unían sus clavículas.

Tenía la piel cálida y suave como pétalos de rosa.

—Alexis.

Siguió hacia abajo y pasó las yemas de los dedos sobre un seno, viendo cómo el pezón se endurecía bajo la fina camisola de algodón. Una punzada de lujuria lo recorrió como una flecha, haciendo diana en su entrepierna. Ella era una tentación y la palma de su mano anhelaba tocarla, su boca se moría por disfrutar de su sabor.

Podría haberlo hecho, pero cuando vio que sus pestañas se movían

suavemente, espesas y oscuras contra su piel dorada, se lo pensó mejor. Ella se movió, estiró un brazo por encima de la cabeza, inspiró profundamente y dejó escapar un suspiro.

Cuando entreabrió los párpados, su adormilada mirada azul océano, se encontró con la suya.

—Buenos días —murmuró él.

—Buenos días —volvió a cerrar los ojos.

Él esperó un segundo, y otro.

Los ojos de ella se abrieron del todo, enfocados.

Dio un gritito al mismo tiempo que se apartaba de él. Sus largas piernas se enredaron con las sábanas y cayó por el borde del colchón, al suelo.

Capítulo Dos

«Por favor, por favor, por favor que esto sea una pesadilla», pensó Alexis con frenesí. Cerró los ojos con fuerza. «Ahora deja que me despierte, en mi cama, con mi hermana acostada a mi lado…»

Pero mientras sentía el frío suelo de madera contra su trasero, una punzada de dolor vibrando en su codo y la quemazón del dedo de él en la mandíbula, tuvo la horrible sensación de que estaba, de hecho, muy despierta.

Y eso no paliaba la pesadilla. Abrió los ojos y gruñó al verlo mirarla desde arriba, con expresión divertida y maliciosa.

La dominó el deseo urgente de huir, pero con las piernas aún enredadas en las sábanas no podía hacerlo. Además, comprendió que si lo intentaba sería a costa de quitarle a Jordan el trocito de sábana que lo cubría de cintura para abajo.

—¿Ha sido por algo que haya dicho? —preguntó él, enarcando una ceja.

Ella vio cómo su mirada descendía de su rostro a sus senos; agarró su almohada de la cama y la apretó contra sí.

—¿Qué haces aquí?

—Dormir —se pasó la mano por la barba matutina y luego por el pelo—. Al menos, lo hacía hasta que tus ronquidos me despertaron. Deberías consultar a un médico, creo yo.

—Yo no… —calló y arrugó la frente. Él siempre había sido capaz de irritarla—.

Sabes perfectamente a qué me refiero. ¿Qué haces en la cama de Alaina?

—Vuelve aquí arriba conmigo… —dio una palmadita a la cama— …y te lo diré.

—No pienso hacerlo —intentando no gritar, miró el despertador de la mesilla.

Eran las cinco y media. Rezó para que nadie se hubiera levantado aún. Aunque era una mujer adulta y no había ocurrido, ni iba a ocurrir, nada en ese dormitorio, la idea de que Trey entrara y la viese así con Jordan, hacía que a Alexis se le contrajera el estómago.

—Bueno, como quieras —él suspiró y movió la cabeza—. Entonces bajaré ahí contigo.

Cuando se acercó al borde de la cama, ella se quedó sin aire. Agarró uno de sus zapatos de tacón y apuntó hacia él.

—Jordan Grant, no te atrevas.

—Solías decirme eso cuando querías que te besara.

Ella abrió la boca para negarlo pero, como no podía, la frustración

hizo que le tirara el zapato a la cabeza. Por desgracia, él consiguió evitar el misil, que voló por encima de la cama y chocó contra la pared.

Estúpida, estúpida. Mordiéndose el labio, Alexis contuvo el aliento y escuchó unos segundos, esperando oír pasos en el pasillo. Al no oír nada, soltó el aire lentamente.

—Maldición, Jordan… —susurró con fiereza—, ¿qué haces aquí?

—Trey me invitó.

—Acordamos que no vendrías al rancho cuando yo estuviera aquí —se tensó al oír ruido de agua en las tuberías. Alguien estaba levantado y probablemente fuera Trey.

—Nunca nos pusimos de acuerdo en nada, dulzura —dijo Jordan —. Por lo que yo recuerdo, ésa es la razón por la que saliste andando y me dejaste atrás.

Alexis se dijo que no mordería el cebo ni iniciaría una discusión. Menos que nunca en ese momento.

—No salí andando, dulzura —respondió, alzando la barbilla—. Salí corriendo.

—Ay —hizo una mueca y se frotó el pecho—. Tocado, Allie.

La satisfacción que sintió por haberlo herido duró poco desde el momento en que sus ojos siguieron el camino de su mano. Era imposible no darse cuenta de que su pecho era aún más ancho y musculoso de lo que había sido ocho años antes.

También era imposible no recordar la sensación de sentir esos músculos moverse bajo sus manos.

Instintivamente, se movió hacia atrás. La sábana se deslizó más debajo de la cintura de él, revelando una flecha de oscuro vello masculino. El pulso de ella dio un bote y alzó la mirada de golpe.

—¿Estás en la cama de mi hermana desnudo?

—¿Celosa?

Ella contuvo, a duras penas, las ganas de lanzarse contra él. Iba a matarlo. Sin hacer ruido, para que Trey no lo oyera. Sólo tenía que encontrar la manera de arrastrar ese cuerpo, de un metro noventa de altura y casi cien kilos de peso, escalera abajo y sacarlo de la casa sin que nadie lo viera.

—Jordan, haz el favor de…

—Siempre fuiste demasiado nerviosa —dijo él, moviendo la cabeza —. Pero, si eso te hace sentirte mejor, tu hermana ni siquiera está aquí. Ninguna de ellas. Eres la única mujer en la casa.

—¿Qué quieres decir con que mis hermanas no están? —se apartó un mechón de pelo de los ojos con un resoplido—. ¿Dónde están?

—No lo sé exactamente —bostezó y se rascó el cuello—. Pero Trey

dijo algo de que iban a pasar un día más de compras en Houston, dado que tú no llegabas hasta hoy.

Estaban de compras, sin ella. Algo irritada por habérselo perdido, Alexis pensó que al menos deberían haberla llamado. Pero entonces oyó pasos de botas en el pasillo y comprendió que en ese momento se enfrentaba a un problema mayor.

Los pasos se detuvieron ante la puerta del dormitorio. Ella se imaginó a su hermano entrando, estrechando los ojos al verla sentada en el suelo, medio desnuda, y a Jordan en la cama, desnudo como el día que llegó al mundo. Con miedo de moverse, de respirar, miró fijamente el pomo de la puerta, esperando que girara…

Cuando los pasos de las botas se alejaron y escuchó el familiar crujido de las escaleras, sintió un intenso alivio. Cerró los ojos y soltó el aire.

—Igual que en los viejos tiempos —dijo Jordan.

—No, nada de eso —abrió los ojos y apretó los dientes—. No tengo diecinueve años ni soy tan impulsiva ni impresionable cuando veo una cara guapa y un pecho ancho. Ahora busco un poco más de profundidad en una relación, cualidades que vayan más allá de lo físico.

—Así que, deduzco que el sexo no ha vuelto a ser igual de bueno desde que estuvimos juntos.

—No he dicho… —calló, molesta porque casi había vuelto a llevarla a su juego de superioridad machista—. Mi vida sexual, mi vida, de hecho, no es asunto tuyo.

Ahora, si no te importa darte la vuelta para que me vista y salga de aquí antes de que Trey vea mi coche…

—No solías ser tímida, Allie —dijo él sin hacer ademán de volverse o desviar la vista.

—Tú no solías ser tan lascivo —le devolvió ella.

—Si apreciar el cuerpo de una mujer bonita me convierte en lascivo, de acuerdo, soy culpable de lo que se me acusa.

Con un suspiro, se dio la vuelta, llevándose las sábanas consigo y dejando a Alexis sin protección. Ella corrió a ponerse los pantalones que se había quitado antes de acostarse, pero no se molestó con la chaqueta. Sólo quería salir de esa habitación y, con un poco de suerte, meterse en la de Kiera antes de que Trey se diera cuenta de que había llegado la noche anterior. Ocho años atrás, su hermano no había llegado a enterarse de su tormentosa relación con su mejor amigo, de hecho, nadie lo sabía. Y no tenía ninguna intención de que lo descubrieran a esas alturas.

Tal y como ella lo veía, lo de Jordan y ella nunca había sucedido.

Metió la chaqueta y un zapato en la bolsa de fin de semana, recuperó el otro de donde había caído y luego fue hacia la puerta y giró el pomo.

—Eh, Allie.

Con el ceño fruncido, miró por encima del hombro y lo vio tumbado de espaldas, con los brazos detrás de la cabeza. Maldijo el salto que dio su corazón al verlo así en la cama y lo miró con impaciencia.

—Bonito tatuaje.

Casi se atragantó con la palabrota que tuvo que contener. De alguna manera, consiguió cerrar la puerta con suavidad, en vez de dar el portazo que habría deseado, y cruzó el pasillo de puntillas hacia la habitación de su hermana.

Una vez dentro, corrió a la cama, enterró el rostro en un almohadón y gritó.

El olor a café, beicon y tortitas, por fin animó a Alexis a salir del dormitorio.

Había sido incapaz de dormir desde la escena con Jordan y, dado que no tenía intención de esconderse de él en casa de su propio hermano, decidió que más valía enfrentarse al dragón cara a cara. Se duchó y se puso la única ropa que llevaba en la bolsa: un sencillo suéter de cuello en pico, azul profundo, y unos vaqueros Blue Snake. Después, por la fuerza de la costumbre, se puso un toque de rímel. Si dedicó a su cabello unos minutos más de lo necesario fue porque el corte era muy reciente y aún no se había acostumbrado a él.

Mientras bajaba la escalera, se dijo que el hecho de arreglarse no tenía nada que ver con Jordan. Nada en absoluto.

Al final él no había llegado a decirle por qué estaba allí, pero suponía que era por la boda. Lo pensó mejor y recordó que Jordan tenía una oficina en Dallas, que estaba mucho más cerca de Wolf River que Stone Ridge. Así que no tenía ninguna razón para estar allí, alojándose en el rancho, aunque había dicho que Trey lo había invitado y eso tampoco tenía mucho sentido.

Ella había sabido que antes o después sus caminos se cruzarían, y había orquestado su vida cuidadosamente para que fuera después. Ocho años después.

Había esperado que estuviera en la boda de Kiera, incluso se había preparado para ello. Sin duda habría sido más fácil verlo con otras cien personas alrededor, mucho más que despertarse y encontrarlo en la cama con ella.

Pero ya estaba tranquila y compuesta.

Vestida.

Oyó el sonido de voces masculinas, una silla chirriar sobre el suelo de madera y ruido de platos y cubertería. Sonidos familiares. La cocina siempre había sido el corazón de esa casa, el lugar de reunión de la familia; allí habían reído, habían llorado y se habían gritado unos a otros. Allí se habían consolado.

Había visto a Jordan por primera vez en esa cocina. Él tenía diecisiete años y ella diez, y se escondía de una madre maníaca empeñada en poner fin a la rebeldía de su hija. A pesar de ser sometido a un interrogatorio, Jordan no la traicionó, aunque la había visto esconderse tras la puerta del trastero. Había estado enamorada de él desde ese momento, por pura gratitud, tal y como lo veía en ese momento.

Aprecio debido a un sencillo gesto compasivo. Había tardado nueve años en conseguir su atención.

Y había pasado los últimos ocho años deseando no haberla conseguido nunca.

Cuadró los hombros y entró en la cocina. Forzó una sonrisa cuando Jordan y Trey alzaron la cabeza para mirarla por encima de sus tazas de café.

—Buenos días —fue hacia su hermano y besó su mejilla—. Necesitas un afeitado, vaquero.

—Tú necesitas algo de carne en los huesos. Cookie… —Trey miró al hombre de pelo gris que llevaba más de veinticinco años ocupándose de la casa y de hacer la comida—, ponle a mi hermana un buen montón de tortitas con mantequilla extra.

—Sólo café, gracias —pasó la mano por la trenza de Cookie, que le llegaba a mitad de la espalda, y besó su curtida mejilla. Él gruñó que estaba demasiado delgada y tenía que comer, pero lo cierto era que el hombre siempre estaba gruñendo por una cosa u otra.

—Comeré algo después —prometió ella. Miró a Jordan—. Tengo el estómago revuelto desde que me he despertado. Hola, Jordan.

—Hola, Allie —Jordan saludó con la cabeza—. Hacía mucho que no te veía.

—Ya sabes lo que dicen del tiempo—. Alexis aceptó el tazón de café humeante que le sirvió Cookie y se apoyó en la encimera de azulejos blancos. La diversión que había visto en los ojos verdes esa mañana había desaparecido. Ahora sólo veía al duro hombre de negocios que dominaba una habitación con sólo entrar en ella.

Incluso con vaqueros desgastados y camisa de tela vaquera, Jordan Grant era un hombre que irradiaba poder.

—¿Que vuela cuando uno lo pasa bien? —sugirió Jordan.

—Que parece más o menos largo dependiendo de qué lado de la

puerta del cuarto de baño esté uno —replicó ella. Alzó la taza y tomó un sorbo de café.

—Algunas cosas no cambian nunca —Trey meneó la cabeza y se sirvió otra tortita de la bandeja que había en la mesa—. Nunca he entendido por qué vosotros dos siempre vais a degüello el uno con el otro.

La expresión provocó una imagen en la mente de Alexis: la boca de Jordan en su cuello, y la suya en el de él. Cuando sus ojos se encontraron, supo que él estaba pensando exactamente lo mismo. Sintió calor en las mejillas y desvió la mirada rápidamente.

Cuando era más joven había pinchado a Jordan o iniciado peleas a propósito, para que nadie notara sus verdaderos sentimientos por él. Pero ese primer verano que volvió de la universidad, la primera vez que Jordan la miró como a una mujer en vez de una niña, todo había cambiado entre ellos. Todo excepto que ella seguía sin querer que Trey supiera lo que sentía por su mejor amigo, convencida de que si él, o cualquier otra persona, lo descubría, la relación acabaría en desastre.

Lo cierto era que la relación de Jordan y ella acabó en desastre sin que tuviera que intervenir nadie, se bastaron ellos dos solitos.

—Trey me dijo que iba a ir a recogerte al aeropuerto esta tarde —comentó Jordan con indiferencia.

Ella sabía que intentaba ponerla nerviosa. Y el maldito hombre lo estaba consiguiendo. Lo miró de reojo.

—Vine en el último vuelo de ayer y alquilé un coche en el aeropuerto. Esperaba dar una sorpresa a mi familia.

—Nada de lo que haces nos sorprende, hermana —Trey pinchó un trozo de tortita empapada en sirope—. Pero habría movido las cajas de tu cama de haberlo sabido. ¿Dónde has dormido?

—Estoy en la habitación de Kiera —dijo ella. Aunque era verdad, no contestaba a la pregunta de dónde había dormido—. Si hubiera sabido que tenías compañía no habría adelantado el viaje.

—Jordan no es compañía, como sabes bien —Trey remojó el último trozo de tortita con un trago de café, apartó la silla de la mesa y se levantó—. No sé cuál es la pelea entre vosotros dos, pero no tengo tiempo ni ganas de hacer de árbitro. ¿Por qué no os dais un beso, hacéis las paces y acabáis con esto de una vez?

—De acuerdo —dijo Jordan, ofreciéndole a ella la mejilla.

Alexis arrugó la frente y agradeció que en ese momento sonara el teléfono, interrumpiendo la conversación. Cookie contestó, hizo una seña para indicar que era para él y salió cojeando de la habitación. El ceño de Alexis se hizo más profundo y miró a su hermano.

—¿Qué le pasa a la pierna de Cookie?

—Necesita una prótesis de cadera —Trey agarró su sombrero de un gancho que había junto a la puerta trasera—. La operación está prevista para el mes que viene.

—¿Y qué hace aquí, de pie?

—El viejo testarudo no me hace caso —respondió Trey—. Quizá tus hermanas y tú podáis inculcarle un poco de sentido común.

Alexis pensó que su historial con hombres testarudos no era el mejor, mirando a Jordan y a Trey, pero haría lo que pudiera. Cookie era más parte de la familia que personal contratado, y no soportaba la idea de que sufriera dolor. Había estado con ellos en los peores momentos, dándoles sopa cuando estaban enfermos y cacao caliente cuando llovía y hacía frío. Cocinaba sus tartas de cumpleaños y las comidas festivas. Siempre había estado allí, Alexis nunca se había planteado que llegara el momento en que no fuera así. No se imaginaba el rancho sin él.

—Estaré en los establos —Trey se puso el sombrero en la cabeza y miró a Jordan

—. Podrías echar un vistazo a alguna de mis yeguas, ahora que vuelves a estar en el negocio. Vamos a subastar algunas en un par de semanas, pero te dejaré elegir antes.

—Saldré enseguida —asintió Jordan.

Alexis esperó a que Trey saliera y después miró a Jordan con los ojos entrecerrados.

—¿Qué quiere decir con eso de que vuelves a estar en el negocio?

—Voy a volver a Five Corners.

—¿Cómo que vas a volver? —el café se derramó por los bordes de su taza—.

Tus padres vendieron Five Corners hace siete años, justo después de divorciarse.

—Cierto —Jordan terminó el trozo de beicon que se había servido y apartó el plato—. Me lo vendieron a mí.

—¿Qué? —ella lo miró boquiabierta, con los ojos como platos, sin molestarse en ocultar la sorpresa que le causaban sus palabras.

—Estaba harto de oírlos discutir sobre quién se quedaba con qué y con cuánta parte —alzó un hombro—. Tenía mi fideicomiso, así que lo compré yo y hasta el año pasado lo alquilé a través de una de mis corporaciones.

Alexis tuvo la sensación de que le iba a estallar la cabeza. No entendía por qué no sabía nada de eso. Por qué Trey nunca había mencionado que Jordan había comprado Five Corners. Entre la ausencia de sus hermanas, la operación de Cookie y la estancia de

Jordan en el rancho, Alexis empezaba a tener la sensación de que nadie se molestaba en contarle nada.

—¿Te molesta eso, Allie? —preguntó Jordan con voz queda—. ¿Que vuelva a instalarme en Stone Ridge?

Diablos, claro que la molestaba. Pero no estaba dispuesta a dejarle saber hasta qué punto. Apretó las manos alrededor de la taza, para que él no las viera temblar, y se encogió de hombros.

—Sólo me sorprende, nada más. Las propiedades del oeste de Texas suelen ser más populares para los magnates del petróleo.

—Cierto. Pero yo no estoy aquí por el petróleo.

—¿Por qué estás aquí?

Él se recostó en la silla y la miró a los ojos.

—Estoy aquí por ti.

Capítulo Tres

Alexis estuvo echando humo las tres horas siguientes.

«Por ti».

Desde la ventana de su dormitorio, miró a Jordan que, apoyado en la valla del corral, con sus largos y fibrosos brazos sobre una barandilla de metal, observaba a uno de los vaqueros trabajar con un enorme caballo ruano. Recordó todas las veces que había estado en ese mismo lugar, observando a Jordan en secreto, todos los años que había estado enamorada del mejor amigo de su hermano, sin que él le dedicara una segunda mirada.

«Por ti».

Sabía que sólo había dicho eso para irritarla, y el hecho de que lo hubiera conseguido la molestaba aún más que el comentario en sí. Eso y el que Cookie hubiera regresado a la cocina antes de que pudiera contestarle.

Antes de salir por la puerta trasera hacia el corral, Jordan había tenido la desvergüenza, ¡delante de Cookie!, de rozar su mejilla con los labios.

—Me ha encantado verte esta mañana —había dicho.

Por suerte, Cookie estaba tan ocupado quejándose de médicos y hospitales que no había prestado atención a la tontería de Jordan, que era más de lo que podía decir de sí misma. Había requerido una voluntad de hierro no seguir a Jordan afuera, pero lo había conseguido, negándose a darle esa satisfacción.

Además, tampoco tenía nada que decir. Ella no podía dictar lo que el hombre hiciera o no con su vida. Si quería volver a Five Corners y dirigir un rancho, perfecto.

Decidió que cuando volviera a Nueva York le enviaría una planta. Algo grande y llamativo.

Con muchas espinas.

Así que se quedó en la cocina, apartó a Jordan de su mente y charló con Cookie.

Bebió café y probó las tortitas y el beicon mientras el cocinero le ponía al tanto de las últimas noticias. Según Cookie, Doyle, uno de los nuevos vaqueros se creía todo un conquistador y era mejor que se mantuviera alejada de él. Elton, que llevaba cuatro años trabajando en los establos Stone Ridge, iba por su tercer matrimonio y también haría mejor en evitarlo. El pueblo había contratado a un nuevo *sheriff* cuando Neil Harbor, el antiguo *sheriff*, se emborrachó estando de servicio y se disparó en el dedo gordo del pie; se rumoreaba que Jody Sherman, la dueña de la peluquería, le había ofrecido al nuevo *sheriff*

cortes de pelo gratuitos. Cookie había alzado una gruesa y canosa ceja al decir «gratuitos», insinuando que la mujer le estaba ofreciendo más que cortes de pelo. A continuación le dijo que también mantuviera las distancias con el *sheriff*.

Y luego decían que las mujeres eran cotillas.

Lo cierto era que Alexis sólo había estado medio escuchando a Cookie. Por más que intentaba concentrarse, su mente no podía sino regresar al comentario de Jordan, mientras sus dedos tocaban el lugar de su mejilla que él había rozado con la boca.

«Por ti».

Cuando él se volvió y alzó la mirada hacia su ventana, se le aceleró el pulso y dio un salto hacia atrás. El maldito hombre tenía ojos en la nuca. Ceñuda, se cruzó de brazos y sorteó las cajas que había quitado de la cama. No sabía qué hacía escondiéndose allí. Ya había subido su maleta y la había vaciado. Debería estar afuera, disfrutando del magnífico tiempo otoñal, en vez de pensando en Jordan.

«Por ti».

Volvió a la ventana y observó a Trey y a Jordan entrar a los establos. Se dijo que él no estaba allí por ella. Simplemente pretendía liarle la cabeza. Después de ocho años, sin duda habría seguido su camino. Ella lo había hecho, desde luego. Que pensara en él de vez en cuando era natural. Al fin y al cabo, había estado enamorada de él la mayor parte de su vida y después mantenido una breve aunque increíblemente intensa relación. Era lógico que pensara en él, que tuviera ciertos sentimientos, aunque las cosas no hubieran funcionado entre ellos. Por fortuna, había sido lo bastante lista para huir antes de enamorarse aún más. Antes de que él la consumiera.

No estaba dispuesta a dejar que ningún hombre la controlara así. Había visto con sus propios ojos lo que ese tipo de amor le había hecho a su madre. La había obsesionado y, eventualmente, la volvió loca. «Soy más fuerte que eso», pensó Alexis, «tengo que serlo».

Ocho años antes había derramado lágrimas por Jordan, había sentido un dolor más intenso que ninguno en su vida. Pero había dejado esos sentimientos y a Jordan atrás, y no había vuelto a llorar por un hombre desde entonces.

—¡Allie!

Alexis dio un salto al oír el grito de su hermana. Se dio la vuelta y corrió escaleras abajo. Kiera y Alaina entraban por la puerta delantera, con los brazos cargados de bolsas de compras.

Kiera dejó caer los bultos en el suelo y corrió hacia Alexis, riendo mientras la envolvía en sus brazos. Alaina se unió a ellas un momento después y se abrazaron todas a la vez.

—¡Te has cortado el pelo! —Kiera se echó hacia atrás—. ¡Me encanta!

—A mí también —Alaina tocó las puntas de la melena que rozaba la barbilla de su hermana gemela—. Te queda perfecto.

—Trey ni siquiera se ha dado cuenta —se quejó Alexis, pasándose una mano por la cabeza. Se dio cuenta de que Jordan tampoco había hecho ningún comentario sobre su nueva imagen. Pensó rápidamente que eso no importaba. En absoluto. Ni un poco.

—Y tú —Alexis tomó el rostro de Kiera entre sus manos—. Mi hermanita pequeña. Casándose.

—Ni yo puedo creerlo —Kiera parpadeó para evitar las lágrimas—. Dentro de cinco días seré la señora de Sam Prescott.

—La *chef* señora de Sam Prescott —añadió Alaina con orgullo—. Nuestra hermanita pequeña ahora es oficialmente *chef* ejecutiva del famoso restaurante de cinco estrellas del hotel Four Winds, en Wolf River.

—¿ *Chef* ejecutiva? —en ese momento le tocó a Alexis parpadear para evitar las lágrimas—. ¿Cuándo ha ocurrido eso?

—Hace tres días —contestó Kiera, sonriendo—. Y ahora que Alaina y D.J.

también han decidido celebrar su boda en el Four Winds, voy a diseñar un menú entero sólo para ellos.

Alexis miró a su gemela.

—No me habías dicho que habéis fijado una fecha.

—Lo siento, nos decidimos por la segunda semana de diciembre —Alaina se mordió el labio—. Pero aún no es fijo, así que si no te conviene…

—No seas tonta, claro que me conviene. Cualquier día sería maravilloso —

moviendo la cabeza, volvió a abrazar a sus hermanas—. Vamos, el Champán ya está enfriándose en hielo. Y hablando de hielo, dejar que eche un vistazo a vuestros anillos.

Dos manos se levantaron simultáneamente y Alexis tragó aire con admiración al ver los relucientes diamantes. El de Kiera tenía un elegante corte de esmeralda, el de Alaina era un óvalo más delicado. Ambas piedras eran de al menos dos quilates.

—Ahora sí que estamos hablando, chicas. Ni siquiera conozco a estos hombres y ya me caen bien.

Riendo, entraron todas a la cocina. Alexis abrió una de las botellas de Champán que había llevado desde Nueva York y llenó tres copas aflautadas que había encontrado al fondo de un armario.

—Por mis hermanas —alzó la copa.

Todas brindaron y tomaron un sorbo. Después empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Por favor, decidme que mi vestido de dama de honor no me hará parecer un perro caniche.

—En absoluto, son preciosos. Allie, me encantan tus vaqueros.

—Aún no han llegado a las tiendas. Os conseguiré un par a cada una.

—Ya que te pones, consíguenos también ese suéter, es fantástico.

—Luna de miel en París. ¡Qué romántico!

—Espera a ver la capilla del hotel. Es preciosa.

Cuando la conversación se tranquilizó un poco, e intentaron dejar de hablar todas a la vez, Alexis abrió la segunda botella de Champán y rellenó las copas.

—¿Qué tal es, Allie? —Alaina levantó las rodillas y las rodeó con sus brazos—.

¿Ser editora de una importante revista de moda neoyorquina y tener tu propia columna?

—Un aburrimiento —como si estuviera molesta, Alexis echó la cabeza hacia atrás—. Fiestas, desfiles de moda, compras a todas horas. Ropa gratis.

—¿Cuánto les pagas por trabajar allí? —preguntó Kiera.

—No se lo digáis, pero estaría dispuesta a hacerlo —dijo Alexis—. Sobre todo ahora que puedo permitírmelo.

—Aún parece irreal, ¿verdad? —Alaina movió la cabeza con solemnidad—.

Toda nuestra vida sin tener bastante dinero, sobreviviendo apenas, y de repente todas heredamos un montón de dinero de un abuelo a quien ni siquiera conocimos.

—¿Se sabe cuánto es exactamente? —preguntó Alexis. Lo último que había oído era que el contable aún seguía sumando el total de las distintas cuentas que llevaban acumulando interés durante veintidós años.

—Aún no —contestó Alaina—. Pero probablemente sea suficiente para montar tu propia revista, si quisieras.

Alexis pensó que ésa era una posibilidad a tener en cuenta. Después alzó su copa y miró a Kiera.

—O tu propio restaurante.

—Puede que algún día —Kiera movió la cabeza—. Pero ahora mismo tengo cuanto deseo. Simplemente me alegro de que Trey vaya a poder ampliar el rancho, como siempre ha querido, y no tener que preocuparnos de que mamá no pueda recibir los mejores cuidados.

Se hizo un silencio en la habitación. Habían celebrado su buena

fortuna evitando mencionar a su madre, pero todas sabían que era un tema que había que tocar. Sólo que era muy doloroso.

—¿Cómo está? —con un suspiro, Alexis dejó su copa de champán en la mesa.

—Kiera y yo fuimos al hospital ayer a visitarla —comentó Alaina con voz queda

—. Pensó que íbamos de camino a ver a Trey jugar al fútbol y nos dijo que no volviéramos a casa demasiado tarde.

Alexis pensó con tristeza que Helena Blackhawk siempre había vivido en el pasado. En uno que había inventado ella misma. Un mundo de fantasía en la que el hombre al que había amado, el hombre casado, no la había abandonado a ella y a sus hijos.

—Imagino que no le habéis dicho que estáis comprometidas y vais a casaros.

Kiera negó con la cabeza.

—Su psiquiatra lo desaconsejó. Le cuesta mucho aceptar ningún tipo de cambio, y últimamente es aún peor. El médico está experimentando con una nueva medicación, y tenemos la esperanza de que sirva de ayuda. Incluso he pensado que podría posponer la boda unas semanas, esperar y ver si tal vez ella…

—Ni se te ocurra —Alexis movió el dedo ante Kiera, y después ante Alaina, que tenía la misma mirada culpable en los ojos—. Ni a ti. Las dos habéis encontrado hombres maravillosos que os adoran y harían cualquier cosa por vosotras. Si tengo la mitad de suerte que vosotras dos, puede que lo estemos celebrando por mí dentro de unos meses.

Alexis maldijo para sí y se mordió el labio, deseando poder retirar sus últimas palabras. Era obvio que el Champán le había soltado la lengua y sólo podía desear que el comentario pasara desapercibido.

No tuvo esa suerte.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Kiera.

—Alexis siempre está saliendo con alguien —dijo Alaina, pero se inclinó hacia delante con interés.

—Pero nunca lo menciona —Kiera arqueó una ceja—. Y menos cuando se habla de matrimonio.

—Yo no he mencionado la palabra matrimonio —Alexis hizo lo que pudo para dar marcha atrás. No estaba preparada para esa conversación—. Simplemente he dicho quizá, nada más. Vosotras dos tenéis el cerebro lleno de bodas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Alaina.

—¿Dónde lo conociste? —añadió Kiera. Alexis suspiró y movió la cabeza. Sus hermanas serían como lobas dando vueltas alrededor de su presa. Las mujeres enamoradas creían que todo el resto del mundo

debería estar enamorado también, o al menos deseando estarlo. Ella no lo estaba, ni quería estarlo.

Cuando Trey y Jordan entraron en la cocina por la puerta de atrás, Alexis los habría besado. Bueno, al menos a Trey, rectificó para sí.

Trey miró las botellas de Champán y las copas y después le hizo una mueca a Jordan.

—Parece que lo están celebrando sin nosotros.

—¡Jordan! —Kiera se levantó de un salto y lo besó—. ¡Has venido! Por favor, dime que eso significa que vas a venir a la boda.

—¿Iba a perderme ver a mi chica favorita casarse? —Jordan atrapó a Kiera en un cálido abrazo.

—Traidor —Alaina besó su mejilla y también lo rodeó con sus brazos—. Creía que yo era tu chica favorita.

—Tu turno llegará dentro de dos meses —le dijo Jordan, sonriendo.

Alexis se controló para no poner los ojos en blanco y se acabó el Champán de un trago, pero parecía haber perdido las burbujas. Sabía que sus hermanas siempre habían considerado a Jordan como un segundo hermano mayor, y que suponían que ella sentía lo mismo, aunque no había nada más lejos de la verdad.

Si había algo que nunca había sentido por Jordan, era sentimientos fraternales.

—Parece que el turno de Alexis podría llegar bastante pronto, también —dijo Kiera, buscando dos copas más en el armario—. Estaba empezando a hablarnos de su nuevo novio.

Cuando Jordan la miró, Alexis apretó los dientes. Fantástico. Justo lo que ella estaba deseando. Hablar de su nuevo novio con Jordan.

—¿Es eso cierto? —Jordan alzó una ceja con interés—. No lo mencionó esta mañana.

Alexis apretó los dedos en el tallo de la copa. Sabía muy bien que ese «esta mañana» tenía la intención de recordarle que se había despertado a su lado, en la cama.

—El tema no salió a relucir —dijo.

—Vamos, hermana, cuéntanos —Kiera entregó copas de Champán a Jordan y a Trey—. Por lo menos dinos su nombre.

Maldición. Con todo el mundo mirándola, esperando una respuesta, no podía escabullirse.

—Matthew —dijo con calma—. Matthew Langley.

—¿Matthew Langley? —Kiera estrechó los ojos, pensativa, y luego los abrió como platos—. ¿Te refieres a Matthew Langley, el reportero de espectáculos del canal diez?

—Nunca he oído hablar de él —dijo Trey sin impresionarse lo más

mínimo; tomó un sorbo de Champán e hizo una mueca.

—Aquí está en el canal seis —la voz de Alaina sonó teñida de admiración—.

¿No lo votaron uno de los diez hombres más guapos de las noticias en televisión?

Asombrada, Alexis habría querido preguntarle a su hermana cómo sabía eso, pero no quería dar alas a la conversación.

—Estamos aquí para hablar de vuestras bodas, no de mi vida amorosa.

—Debe ser algo serio —dijo Kiera, mirando a Alaina con perspicacia—. Está evitando nuestras preguntas.

—Y ha utilizado la palabra «amorosa» —asintió Alaina.

—Sólo es una expresión —Alexis apretó los labios y se encontró con la mirada fija de Jordan—. Cuando se convierta en algo serio, os lo haré saber.

—Hazme un favor si decides casarte, ¿vale? —Trey dejó la copa de Champán y buscó una cerveza en el refrigerador—. No seas como tus hermanas y ahórrame la tortura de vestirme de pingüino. Cásate en Las Vegas.

Mientras Kiera y Alaina protestaban con fervor sobre la queja de su hermano, Alexis miró a Jordan. Sus miradas se encontraron, él alzó la copa en su dirección y tomó un sorbo.

Con Trey sometido a fuego cruzado, Alexis vio su oportunidad. Hizo una mueca a Jordan, se levantó de la silla y huyó de la cocina sin que sus hermanas se dieran cuenta. Kiera y Alaina, estando las dos enfurruñadas, seguramente no la echarían de menos durante quince minutos, o tal vez más. Tiempo de sobra para poner distancia entre Jordan y ella, y toda esa conversación sobre novios y bodas.

Sin hacer ruido, abrió la puerta delantera, la cerró a su espalda y fue hacia su coche. Pensó que un paseo le despejaría la mente y se sentó tras el volante. Entonces recordó que había tomado dos copas de Champán. Recostó la cabeza, impotente, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

Ahí acababan sus planes de escapada.

—Muévete.

Alzó la cabeza cuando Jordan abrió la puerta del conductor y lo miró airada.

—No pienso hacerlo.

—Tenemos que hablar, Alexis. Muévete.

Como él ya estaba prácticamente sentado sobre ella, no le quedó más remedio de moverse hacia el centro del asiento, con tanta gracia como una bailarina con aletas de buceo en los pies.

—Eh… —protestó cuando él arrancó el motor, pero no la escuchaba. Dio marcha atrás con suavidad, giró el coche y puso rumbo hacia la autopista—. Para el coche.

—No.

Cuando una de las ruedas se hundió en uno de los baches del camino de tierra, Alexis cayó contra el hombro de Jordan y se apartó rápidamente.

—Jordan Grant, da la vuelta ahora mismo.

—Eso no va a ocurrir. Quieras o no, vamos a hablar —la miró de reojo—. Ponte el cinturón de seguridad.

Ella reconoció esa mirada de determinación insoslayable, y supo que, a no ser que saltara del coche en marcha, estaba atrapada. Podía estar molesta, pero no era idiota. Se puso el cinturón, se recostó en el asiento y cruzó los brazos, como si pretendiera ignorarlo.

No la sorprendió que manejara bien el coche deportivo. A Jordan siempre le habían gustado los coches veloces. Cuando estaban en el último año de instituto, Trey y él habían pasado la mayoría de las tardes inclinados sobre un motor u otro.

Nunca había comprendido su fascinación, pero se quedaba por allí y observaba; así había aprendido la diferencia entre un carburador y un pistón. Cuando cumplió los quince años, Jordan la había dado una clase de conducir. Ella sólo podía pensar en lo guapo que era y en lo cerca que estaba. Se había puesto tan nerviosa que sacó la furgoneta de la carretera, por un terraplén.

Él no volvió a dejarla conducir.

Y allí estaban, doce años después y, maldita fuera su estampa, seguía pensando en lo guapo que era y en lo cerca que estaba de ella.

Y el condenado hombre seguía sin dejarla conducir.

Él giró hacia el este en la autopista, alejándose del pueblo. Aparte de los bosques y un rancho vecino, no había mucho en la dirección que había tomado.

Excepto el lago, pensó ella, enderezándose en el asiento. No la llevaría al lago. El lago era su sitio. Donde habían ido para estar a solas. Donde habían hablado y compartido sus sueños. Donde habían hecho el amor por primera vez.

—¿Tienes algún destino en mente? —preguntó, con tanto aburrimiento como pudo darle a su voz—. ¿O conduces sin rumbo fijo?

—Siempre sé dónde voy, Allie —dijo él con calma—. Ya lo sabes.

Sí que lo sabía. El problema era que ella también había sabido siempre hacia dónde se encaminaba, y ellos dos iban en direcciones opuestas.

Más o menos lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Cuando dejó la autopista, no quedó duda de dónde iba. Incluso para Jordan, era una grosería. Sabía perfectamente los recuerdos que le traerían ese lugar, y que incluso ocho años después, le dolería ir allí.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó, airada consigo misma, por permitir que él siguiera pudiendo sacar a la luz emociones que ella había enterrado hacía mucho tiempo.

—Ya te lo he dicho —tomó la estrecha carretera de tierra bordeada por cipreses

—. Tenemos que hablar.

Algo en su tono de voz, en la rigidez de su mandíbula, preocupó a Alexis.

—¿Sobre qué?

—Ese tipo con él que estás saliendo, ¿cómo se llama? ¿Michael?

—Matthew —estrechó los ojos, sabiendo que Jordan había dicho el nombre mal a propósito—. Matthew Langley. ¿Por qué te interesa?

—¿Vais en serio?

—Eso no es asunto tuyo —replicó ella con frialdad. Aun así, a pesar de su irritación porque la hubiera abducido y la cuestionara respecto a Matthew, tenía que admitir que sentía curiosidad. La intrigaba por qué se había molestado tanto, sobre todo después de tanto tiempo.

Pensó que Jordan no necesitaba razones, le bastaba con querer hacer algo. Eso era razón suficiente para él. O tal vez, su cerebro cavernícola, tras verla medio desnuda esa mañana, había llegado a la conclusión de que podía llevarla allí con la excusa de «hablar» y luego conjurar unos cuantos recuerdos para ver si tenía suerte.

Le esperaba una sorpresa.

Él dejó la carretera y las ruedas del coche pasaron sobre piedras y hojas hasta que se detuvo frente a un grupo de rocas que habían escalado más de una vez. El lago estaba tranquilo y el cálido sol de la tarde destellaba sobre la superficie del agua.

Habían nadado allí desnudos bajo la luz de la luna llena, habían hecho el amor en la orilla, y a veces habían escalado a la cima de las rocas para tumbarse sobre mantas, esperar a ver estrellas fugaces y formular deseos.

A los diecinueve años, durante unos tres meses, ella había pensado que ese lugar era el paraíso.

Miró a Jordan y, a pesar del calor de sol, un escalofrío recorrió su espalda y sintió una intensa desazón recorrer sus venas.

—Tienes algo que decir, Jordan, dilo de una vez.

Él la miró un momento y asintió.
—Nunca firmé los papeles de la anulación.

Capítulo Cuatro

Ella se quedó inmóvil. Tan quieta que Jordan se preguntó si respiraba. La había llevado allí porque estaba seguro de que gritaría como una posesa cuando le diera la noticia. Pero, al fin y al cabo, Alexis nunca había hecho lo que él esperaba.

—¿Qué? —la palabra no fue más que un susurro.

—Pensaba firmarlos, desde luego —seguía esperando a que ella inspirara de una vez. O le diera un puñetazo—. Supongo que simplemente se me pasó.

—¿Supones… —inspiró por fin, una temblorosa y profunda bocanada de aire—

…que se te… pasó?

—Estaba inmerso en una fusión de empresas y cambiando de oficina cuando llegaron los documentos y, de alguna manera, se perdieron con todo el jaleo.

—¿Estás diciéndome que seguimos casados? —tragó saliva y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Técnicamente? —se frotó la nuca—. Sí.

Ella dejó de respirar otra vez, y lo miró fijamente mientras llevaba la mano a la manilla del coche. Él podría haberla detenido antes de que bajara del automóvil, pero supuso que necesitaba espacio y unos minutos para absorber lo que acababa de decirle. La observó caminar hacia el lago, moviendo los pies lentamente, hasta que llegó a la orilla.

En general, le parecía que el asunto había ido bastante bien.

En el rancho, cuando Trey había bromeado diciéndole que se casara en Las Vegas, Jordan había notado su reacción. Nadie sino él se habría dado cuenta, ni habría comprendido la sutil rigidez de sus hombros, la leve tensión de sus ojos. Él sabía perfectamente el recuerdo que había provocado la broma.

Las Vegas. Capilla del Corazón de Cupido. La suite de luna de miel.

Por supuesto, la luna de miel no había durado mucho más que la ceremonia, pero eso había sido por decisión de ella, no de él.

La miró, de pie junto a la orilla del lago, con los brazos a los costados mientras contemplaba la cristalina agua azul. Con un suspiro, bajó del coche y se acercó a ella con cautela.

Si había una cosa que podía predecir de Alexis, era que era impredecible.

Suponía que había sido su temperamento fiero lo que lo atrajo en primer lugar.

Si se hubiera tratado sólo de esos enormes ojos azules y una figura que era pura dinamita, podría haberse enamorado de Alaina. Al fin y

al cabo, eran casi idénticas en su aspecto. Mientras ellas crecían, siempre las había considerado las hermanas que nunca había tenido.

Sin embargo, ese verano, cuando Alexis volvió a casa de la facultad, ocurrió algo. De repente dejó de poder mirarla y pensar en su hermana pequeña. Sólo era capaz de ver una mujer. Una fémina adulta y sensual que dejaba claro que estaba tan interesada por él como él por ella. Había luchado contra el sentimiento, obligándose a mantenerse alejado del rancho; incluso había faltado a la partida de póquer de los viernes por la noche, con Trey y alguno de los vaqueros.

Pero faltar a la partida de cartas había tenido consecuencias dramáticas. Esa noche había bajado al pueblo, pensando que jugaría unas partidas de billar en la taberna, tomaría un par de cervezas e intentaría que alguna de las camareras lo ayudara a dejar de pensar en Alexis.

La puerta de la taberna aún no se había cerrado a su espalda cuando vio a Alexis inclinada sobre una mesa de billar, preparando su tiro. Se habría dado la vuelta y salido de allí si Jimmy Collins, Tyler Hicks y Bull Cooper no hubieran estado mirando atentamente su trasero embutido en vaqueros. No podía dejarla allí con esos tres idiotas babeando por ella.

Aún podía verla, con los ojos llameando como fuego azul cuando le dijo que iba a llevarla a casa. Ella dijo que había bajado al pueblo con Tammy y Jenny Campbel y pensaba marcharse con ellas. Como ni Tammy ni Jenny estaban a la vista, y Jordan no estaba de humor para discutir, la había alzado en brazos, se la había echado al hombro y después, llevándose la mano al sombrero para despedirse de los tres hombres, la había sacado de allí. Nadie se había atrevido a intentar detenerlo.

Nadie menos Alexis, claro.

Ella había forcejeado pero sin éxito, por supuesto. Él ni siquiera se había molestado en dejarla caer sobre el asiento de su camioneta con gentileza; sin mayor complicación, puso rumbo de vuelta al rancho. Alexis había protestado sin descanso y cuando se hartó de oírla, le dijo que cerrara la boca de una vez. Ella contestó que cerraría la boca cuando le diera la gana y siguió soltándole una retahíla. A mitad de camino, no lo aguantó más. Aparcó a un lado de la carretera, la colocó en su regazo y la besó.

Eso hizo que se callara.

Había sabido a miel y a menta; y aunque su cerebro no paraba de repetir que no le pusiera las manos encima, cuando ella le devolvió el beso dejó de escucharlo.

Desde ese momento, ya fue imposible dar marcha atrás.

Y la verdad era que él no deseaba dar marcha atrás.
—Allie.
Ella no se dio la vuelta cuando se situó a su lado, siguió mirando el lago. Él frunció el ceño al ver su perfil casi sereno. Estaba acostumbrado a verla enfadada, sabía cómo manejarla cuando estaba enfurruñada. Pero no sabía qué hacer con una Alexis callada y tranquila.
Extrañamente, cuanto más tiempo seguía callada, más crecía la ira que él sentía en su interior.
—Maldición, Alexis. Di algo.
—¿Que diga algo? —ella emitió un sonido incrédulo—. Ocho años después del hecho en sí, me dices que nunca firmaste nuestros documentos de anulación…
—Tus documentos de anulación —se situó delante de ella y lo obligó a mirarlo
—. No míos.
—¿Y por eso no los firmaste nunca? —alzó una ceja y lo miró a los ojos—.
¿Porque fue idea mía y no tuya?
—Ya te he dicho que se perdieron en el caos de la mudanza.
—En tu mundo no existe el caos, Jordan —movió la cabeza lentamente—. Tu mundo es ordenado, estricto y con todo bajo control. Tú no pierdes nada.
«Te perdí a ti», estuvo a punto de decir él, pero se controló a tiempo. No quería decirle eso más de lo que ella quería oírlo.
—Pensé que al menos deberíamos haber hecho un intento.
—¿Un intento? —la voz de ella subió de volumen—. Tu idea de un intento era que yo dejara de estudiar, me trasladara a Dallas, formara un hogar y empezara a tener críos.
—Eso no es lo que ocurrió —para no ponerle las manos en los hombros y sacudirla, las metió en los bolsillos traseros—. Y tú dijiste que querías tener hijos.
—Después de acabar en la universidad —escupió ella—. Después de haber trabajado un par de años.
—Sugerí que no hacía falta que trabajaras —dijo él, pensando que era tan testaruda en la actualidad como lo había sido entonces—. Era tu marido. Tenía dinero, montones de dinero. Quería cuidar de ti. ¿Qué demonios había de malo en eso?
—¿Querías cuidar de mí? —preguntó ella con voz queda. Arrugó la frente, como si nunca se hubiera planteado esa posibilidad.
Cerró los ojos y soltó un largo suspiro. Cuando volvió a abrirlos se acercó a él y lo miró a los ojos. Estiró los brazos tentativamente. Él se

puso rígido cuando colocó las palmas de las manos en su pecho, y su pulso se aceleró cuando las yemas de sus dedos se movieron suavemente, acariciándolo.

—Si eso era lo que querías —murmuró ella—, ¿por qué no lo dijiste?

—No me diste la oportunidad de hacerlo —contestó él.

—Tanto tiempo perdido —ella movió la cabeza con tristeza y lo miró con sus enormes ojos azules—. Debí haberte escuchado.

Si no hubiera estado tan distraído por el suave tono de su voz, por el calor de sus dedos y la cercanía de su cuerpo, Jordan podría haber visto lo que se avecinaba.

Pero no fue así, por eso cuando lo empujó ni pudo recuperar el equilibrio ni, lo que habría sido aún mejor, arrastrarla con él. Tropezó, su bota se enganchó en una roca y, mientras caía de espaldas al agua helada, se maldijo por ser tan idiota.

—No te necesito para que cuides de mí, Jordan Grant —con las manos en las caderas, lo taladró con la mirada—. Nunca lo hice, ni nunca lo haré.

Con la gracia de una reina, se dio la vuelta y volvió al coche. Él aún se estaba levantando cuando ella se sentó tras el volante, arrancó el motor y se marchó a toda velocidad.

Chorreando de cintura para abajo, él observó su partida.

Conjuró a todos los diablos.

Recogió el sombrero de la orilla del lago, lo golpeó contra los vaqueros empapados y se lo puso. El rancho estaba a más de siete kilómetros de allí. No era demasiado lejos, pero la distancia no era el tema en cuestión.

Había intentado ser amistoso. Incluso había intentado ser razonable. Debería haber sabido que ninguna de esas dos cosas funcionaría. Pensó que todo valía en el amor y la guerra y decidió que cuando se trataba de Alexis Blackhawk, los dos términos se fundían en uno sólo.

—¿Seguro que no quieres venir al pueblo con nosotras? —Alaina metió la cabeza en el despacho de Trey, en la planta inferior, que Alexis había convertido temporalmente en sala de costura, para disgusto de Trey—. La lista de la compra de Cookie no es demasiado larga. Podemos almorzar en el pueblo, hacer la compra y regresar en un par de horas.

—Estoy bien —Alexis sacó un alfiler de la costura que acababa de terminar y alzó la vista de la máquina de coser—. Además, si no estáis aquí, acabaré los vestidos antes.

Kiera había dicho que el sastre del hotel Four Winds podía

ocuparse de los arreglos de última hora de los vestidos de dama de honor, pero Alexis había insistido en hacerlos ella. Llevaba cosiendo desde los doce años, estaba licenciada en moda y, de vez en cuando, para divertirse, diseñaba algunos modelos ella misma. Podía meter una costura con los ojos cerrados, o arreglar un bajo con una mano atada a la espalda.

Además, después de haber empujado a Jordan al lago el día anterior, necesitaba un proyecto que mantuviera sus manos y su mente ocupadas.

Verlo sentado con el agua hasta la cintura mientras ella arrancaba el motor había sido el mejor momento del día.

—¿Seguro que estarás bien aquí sola, hermana? —Alaina titubeó junto al umbral—. Puedo quedarme contigo, si quieres. Kiera no me necesita en la tienda, y ella es la única capaz de descifrar la caligrafía taquigráfica de Cookie. No seré de gran ayuda para elegir la pieza de carne perfecta o el mejor vino de acompañamiento.

—Ninguna de nosotras dos serviría de mucho para eso —Alexis se recostó en el sillón de cuero de Trey y sonrió a su hermana. Mientras que la vida de Alaina siempre había estado centrada en los caballos y la de Alexis en la moda, la pasión de Kiera había sido la comida.

—Kiera es la única persona a la que Cookie permite entrar en su cocina.

—Pero eso es sólo porque nunca me rendí —Kiera se acercó a Alaina y puso un brazo sobre sus hombros—. Vamos, Allie. Llevas aquí encerrada toda la mañana.

Empezamos a pensar que nos evitas a propósito.

Cuando sus hermanas intercambiaron una mirada, Alexis sintió un pinchazo en el estómago. Si Jordan les había dicho algo, que Dios la perdonara, tendría que hacerle algo que le doliera de verdad. Convertiría la vida de Jordan Grant en tal…

—Estuvimos hablando de bodas ayer y tú desapareciste —admitió Alaina avergonzada—. Después, anoche en la cena estuviste tan callada que nos preocupa que, bueno, tal vez estemos siendo… pesadas.

Alexis sintió un pinchazo de remordimiento. Había estado tan inmersa en sus sentimientos y en Jordan, que ni siquiera había considerado lo que podrían estar pensando sus hermanas. Avergonzada, se levantó y fue hacia sus hermanas. Puso una mano en la mejilla de Alaina y otra en la de Kiera.

—Estar aquí —dijo con voz queda—, con vosotras dos, hablando de vuestras bodas y compartiendo un momento tan especial de vuestras vidas, nunca, nunca me molestaría. Lo siento mucho si he

hecho que pensarais eso.

—Te has estado comportando de una forma un poco rara —Kiera se metió las manos en los bolsillos del pantalón y alzó un hombro—. Cuando no nos hablas, no sabemos qué pensar.

Alexis pensó que tenían razón. No podían saber qué pensar cuando nunca les había dicho nada de lo de Jordan. Les había ocultado cuidadosamente esa parte de su vida. A todo el mundo. Quizá había llegado el momento de sincerarse. No ese día en concreto, claro, pero tal vez después de la boda de Kiera. O, mejor aún, cuando ella y Sam regresaran de su luna de miel. Pero luego seguiría la boda de Alaina, así que tal vez sería mejor esperar hasta principios del año siguiente, o…

—Lo está haciendo otra vez —le dijo Alaina a Kiera, que ladeó la cabeza y asintió.

—No estoy haciendo nada —negó Alexis—. Marchaos de una vez. Tendré los vestidos listos para cuando regreséis y entonces podréis preocuparos por mí y por mi extraño comportamiento.

Con un suave empujón Alexis echó a sus hermanas del umbral y volvió a su costura. Cuando oyó la puerta delantera cerrarse un minuto después, se detuvo y escuchó el dulce y maravilloso silencio. Jordan y Trey también se habían ido después del desayuno, para ver unos potros en la pradera sur y Cookie se había retirado a su caseta a regañadientes, para descansar su cadera.

Satisfecha de estar por fin sola, aunque sólo fuera durante un rato, se recostó en la silla y se pasó las manos por el pelo.

Sabía que tenía que decirles a sus hermanas la verdad, que era lo correcto, pero no sabía exactamente cómo hacerlo. No podía mirarlas a la cara y decirles que Jordan y ella habían hecho una impulsiva escapada a Las Vegas hacía ocho años y se habían casado.

Y que seguían casados.

Todavía estaba intentando absorber la enormidad del anuncio de Jordan, y había pasado la mayor parte de la noche dando vueltas en la cama. No entendía cómo podía haberle hecho eso. Ni por qué. Los dos habían tenido sus ideas con respecto a la vida marital antes de ir a Las Vegas y ambos se habían equivocado de medio a medio. La única diferencia era que ella había sido capaz de admitirlo y él no.

Como si el Jordan Grant, Don Consigo-lo-que-quiero-cuando-quiero, fuera capaz de admitir alguna vez que había cometido un error.

Aun así, incluso para Jordan, ocho años era mucho tiempo.

Obviamente, iban a tener que hablar de su situación en algún momento antes de que se celebrara la boda, pero en lo que le

concernía a ella, cuanto más esperasen, mejor. Después de tanto tiempo, unos cuantos días más no tenían importancia.

Con un suspiro, puso las manos sobre la mesa y las miró. Con tanta claridad como si hubiera ocurrido el día anterior, vio la alianza de oro que Jordan le había puesto en el dedo. La sencilla pareja de alianzas había formado parte del paquete de servicios de la capilla, el Doble Deluxe. Se habían reído de eso y, después de que él cruzara el umbral de su *suite* de luna de miel con ella en brazos, la había besado y prometido que le compraría un anillo apropiado cuando volvieran a Dallas. Ella le había devuelto el beso y había dicho: «Querrás decir a Nueva York».

Y eso había sido el principio del fin.

Cerró los ojos y dejó caer las manos en el regazo. No había mirado atrás cuando le lanzó el anillo a la cara y se marchó, no se había atrevido. Si lo hubiera mirado, sabía que habría accedido a todo lo que le pidiera, renunciado a todo por él. A todas sus esperanzas y sueños.

Sin embargo, a lo largo de los años, había habido momentos en los que se había preguntado qué habría ocurrido. Si no se hubiera marchado, si hubiera ido a Dallas, si hubiera tenido todos esos bebés de los que habían hablado.

Tal vez su vida no habría sido tan mala como pensó entonces.

—Allie.

Abrió los ojos y lo vio en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándola. Maldito fuera. Ni siquiera podía tener unos minutos de paz sin que el hombre apareciera.

—Pensé que estabas mirando potros.

—He vuelto.

Ella pensó que de eso no había ninguna duda. Era patente.

—Estoy ocupada, Jordan.

Estiró la espalda y centró su atención en el vestido que tenía ante ella. Con un giro de muñeca, pilló la costura con la presilla de la máquina de coser. Odiaba que la hubiera sorprendido en un momento tan vulnerable. Había estado pensando en él, en su escapada. En esos malditos anillos.

Con la esperanza de que se marchara, lo ignoró. Se concentró por completo en el zumbido de la máquina y en la costura que estaba terminando, decidida a no permitir que la irritara. Cuando se colocó delante de ella, no levantó los ojos de la costura.

—Me estás quitando la luz —se quejó, sin mirarlo.

Él se apartó, pero la agradable sensación de victoria que sintió ella, se fue al traste cuando la máquina se detuvo de repente. Alzó la vista

y lo vio con el enchufe en la mano.

—Vamos a hablar, Alexis.

—Éste no es el momento adecuado —miró la puerta con nerviosismo—. Trey…

—Está en la caseta, almorzando con los vaqueros. Estamos solos, Allie. Solos tú y yo. Puede que no tengamos otra oportunidad.

—Has tenido ocho años de oportunidad —lo miró con los ojos entrecerrados—.

Apareces aquí sin avisar, me sueltas esa noticia y después esperas que me quede aquí sentada tranquilamente y charle contigo. Pues yo no estoy preparada para charlar.

—Pues prepárate —dijo él, dejando el enchufe a un lado.

—Veo que sigues siendo un mandón.

—Y tú sigues siendo testaruda.

—¿Yo soy testaruda? —se llevó una mano al pecho y empezó a reírse—. Eso sí que es gracioso, Jordan. Tal vez cuando quieras hablar en serio, podrías volver y…

—Vamos a hablar —insistió él con firmeza—. Si quieres perder el tiempo discutiendo sobre ello, perfecto.

—El único tiempo que he desperdiciado fue el que estuve casada contigo — escupió ella.

Si no hubiera desviado la vista, quizá lo habría visto rodear la mesa y habría podido evitar sus manos antes de que se cerraran sobre sus brazos y la levantara.

Pero había estado demasiado pendiente de herirlo con sus palabras y había bajado la guardia un segundo, más que suficiente para él.

—Quítame las manos de encima —su protesta no tuvo mucha fuerza y ella lo sabía. Peor aún, sabía que él también lo sabía. Lo más que consiguió hacer fue alzar la barbilla con aire indignado.

Podría haber luchado con él. Haberse soltado, gritarle, huir de allí. Su intuición le decía que hiciera eso. Su instinto de supervivencia se lo ordenaba. Pero se quedó parada de pie, con el cuerpo apretado contra el de él, lo senos aplastados contra su pecho; y el más mínimo resto de lógica y razón se disipó como humo al viento.

Y donde había humo, como decía el dicho, había fuego.

Miró sus ojos y vio la llama allí dentro, notó cómo prendía en su sangre.

Ningún otro hombre había encendido en ella tantas sensaciones como Jordan. Amor, ira, frustración, júbilo. Pasión. Cuando había estado con él, todas sus emociones se habían intensificado. Obviamente, ocho años de separación no habían conseguido cambiar eso.

La excitación recorrió su piel cuando él miró su boca. No podía respirar teniéndolo tan cerca, no podía ni pensar.

—Creí que querías hablar.

—Lo haremos.

—No —consiguió susurrar ella cuando la boca de él descendió hasta la suya.

—Sí.

Sintió una oleada de desesperanza cuando sus labios la tocaron. Desesperanza, desesperación y una intensa añoranza. Se dijo que debía apartarse de él o, al menos, no responder, no sentir. Pero le habría dado lo mismo decirle al sol que no saliera por la mañana.

Resultaba tan familiar. Su tacto, firme y sólido, su sabor, profundo y embriagador. Curvó los dedos y agarró el algodón de su camisa. Sintió el calor de su piel atravesar sus manos y subir por sus brazos y recorrer todo su cuerpo, hasta los pies.

—Devuélveme el beso —murmuró él.

Cuando ella negó con la cabeza, él sonrió contra su boca.

—Sabes que deseas hacerlo.

—No es verdad —tragó aire cuando sus labios le rozaron la barbilla.

—Muy bien. Entonces no me lo devuelvas —mordisqueó su mandíbula y besó su cuello—. Disfrutaré de esto por los dos.

Ella se estaba deshaciendo rápidamente. Disolviéndose en pedacitos de deseo.

Cuando volvió a poner la boca en sus labios y pasó la lengua sobre su labio inferior, se estremeció. Odiaba que tuviera ese poder sobre ella, que fuera capaz de hacerle sentir cosas que no quería sentir.

Esa idea echó raíz y le otorgó la fuerza suficiente para resistirse. Apoyó las palmas de las manos en su pecho y empujó. Cuando él no se movió, empujó con más fuerza y volvió la cabeza.

—Para.

Él no se movió durante un largo momento, después quitó las manos de sus brazos lentamente y dio un paso atrás.

—Eres mi esposa, Alexis.

—Era tu esposa —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Presenté la solicitud de anulación. Que tú no la firmases no cambia nada.

—Y un cuerno que no —la irritación se notó en su voz, que subió de volumen

—. Esté bien o mal, te guste o no, sigues siendo mi esposa.

Ella abrió la boca para discutir, pero algo en la puerta, un leve movimiento o quizá un sonido, llamó su atención. Helada, se dio la vuelta con rigidez y sintió que se le paraba el corazón.

Maldición.

Alaina y Kiera estaban en el umbral, boquiabiertas y con los ojos como platos.

Alexis supuso que podría haber aceptado que se enteraran de esa manera. Eran sus hermanas, al fin y al cabo, y además en algún momento les habría contado la verdad.

Lo que se sentía incapaz de aceptar y a quien desde luego no quería ver en ese momento, era al hombre que estaba de pie tras ellas.

«Dios mío, por favor, que esto sea una alucinación».

Matthew captó su mirada, echó una ojeada a Jordan y luego la miró de nuevo.

—Hola, Alexis.

Capítulo Cinco

Alexis notó que la sangre se le iba de la cabeza; cuando la habitación empezó a moverse a su alrededor, apoyó una mano en el borde de la mesa para equilibrarse.

No estaba alucinando. No estaba soñando. El hombre con quien llevaba saliendo las últimas semanas estaba a menos de dos metros de distancia, muy elegante con sus pantalones color tostado y una camisa blanca de Ralph Lauren.

La pregunta esencial era, ¿cuánto tiempo llevaba allí?

Teniendo en cuenta la rigidez de su boca y el brillo acerado de sus ojos, más que suficiente.

—Matthew —se pasó una mano temblorosa por el pelo—. ¿Cómo has, dónde…?

—Lo encontramos dejando la autopista, de camino al rancho —la voz de Kiera sonó alegre, aunque algo tensa. Echó un vistazo a Jordan, tragó saliva y volvió a clavar su mirada atónita en Alexis—. Casi chocamos. Imagínate.

—Deberías haber llamado para decirme que venías —Alexis se esforzó por ofrecerle su mejor sonrisa, pero como no estaba segura de que las rodillas fueran a sujetarla, no se atrevió a moverse—. Te habría recogido en el aeropuerto.

—Cambiaron mi reunión de Los Ángeles, así que decidí darte una sorpresa. Por lo visto, lo he conseguido —Matthew entró en la habitación, fue hacia Jordan y le ofreció la mano—. Matthew Langley.

—Jordan Grant.

Alexis se sintió como si estuviera teniendo una experiencia extracorpórea mientras observaba a los hombres mirarse a los ojos y estrecharse la mano; se preguntó si la situación podía volverse más extraña.

Pero no quería saber la respuesta.

—Debe ser incómodo —dijo Matthew con calma—, conocer al novio de tu esposa.

—No más incómodo que conocer al marido de tu novia —contestó Jordan, encogiendo los hombros.

—Tú no eres mi marido —cuando se le quebró la voz, Alexis carraspeó y buscó frenéticamente una explicación plausible. Pero no encontró ninguna que tuviera sentido—. Matthew, esto no es lo que parece.

—Entonces, ¿no estáis casados? —preguntó Matthew.

—Bueno, sí, en cierto modo. Técnicamente —Alexis tomó aire para llenar los pulmones, tenía la sensación de que las paredes del

concurrido despacho de Trey se le echaban encima—. Pero en realidad es un malentendido.

—¿Quieres decir que de verdad estáis casados? —preguntó Alaina con incredulidad—. ¿Jordan y tú? ¿El uno con el otro?

—Estuvimos casados —corrigió Alexis rápidamente, sintiendo un sordo dolor de cabeza iniciarse justo detrás de los ojos—. Tiempo pasado. Brevemente, hace mucho tiempo.

—Esto es una broma, ¿verdad? —Kiera miró a su alrededor—. Hay una cámara escondida en algún sitio. Luego todos veremos la cinta y nos reiremos un montón.

Alexis dudaba seriamente que ése fuera un momento que quisiera volver a ver, del que quisiera reírse y mucho menos grabar. No entendía por qué Jordan no estaba echándole una mano. Por qué estaba allí parado, con aire satisfecho. Si Matthew no estuviera delante, observando el desarrollo de la pequeña tragicomedia familiar, Alexis le habría tirado algún objeto contundente a Jordan.

Mejor aún, Trey guardaba una pistola en la caja de seguridad; intentó recordar la combinación.

—¿Entonces es verdad? —Alaina miró de Alexis a Jordan y vuelta —. Pero

¿cómo…? ¿cuándo?

—Hace ocho años —Alexis se restregó las palmas húmedas en los vaqueros—.

Una de esas locuras de verano. Un viaje impulsivo a Las Vegas, una capilla de veinticuatro horas. Recuperamos el sentido común dos horas después.

—¿Sólo estuvisteis casados dos horas?

—Si acaso —Alexis encogió un hombro y apretó los dientes para no gritar—.

Comprendimos que habíamos cometido un error. Yo volé de vuelta a Nueva York, Jordan volvió a Dallas y solicitamos una anulación. Hasta ayer ni siquiera habíamos vuelto a vernos.

—Te ha llamado su esposa —aunque el comentario de Matthew estaba dirigido a Alexis, tenía los ojos clavados en Jordan, sosteniendo su mirada—. Tiempo presente.

—Ésa es la parte graciosa —de alguna manera, Alexis consiguió soltar una risa seca, que le rascó la garganta como papel de lija—. Hubo un fallo con los documentos y parece que, técnicamente, la anulación nunca llegó a ser oficial.

—Somos tus hermanas —dijo Alaina con voz queda, arrugando la frente—.

¿Cómo pudiste no contarnos algo así?

El dolor palpable en el rostro y la voz de Alaina cortó a Alexis como un cuchillo.

—Lo siento. Debería habéroslo contado… —miró a Kiera— …a las dos. Pero ocurrió de repente, luego se acabó y me resultó más fácil olvidarlo así. Jordan y yo estuvimos de acuerdo en que era mejor no contárselo a nadie.

—Vamos a dejar las cosas claras —Jordan lanzó una mirada colérica a Alexis—.

Yo nunca acordé nada contigo. Me pediste que no le dijera a tu familia que nos habíamos escapado a Las Vegas y, a regañadientes, accedí a tu petición. Lo que es más, nosotros no cometimos un error, ni pedimos una anulación… lo hiciste tú.

—Querías que dejara la universidad y jugara a ser ama de casa —le soltó Alexis

—. Que guisara tu comidita y te recibiera en la puerta todas las noches, con un lacito rosa en el pelo.

—Te pedí que cambiaras de universidad, no que la dejaras —dijo Jordan—. Y las amas de casa no juegan, trabajan muy duro, Alexis. Quería que construyeras un hogar, una vida conmigo, y no voy a pedir disculpas por eso.

Ella abrió la boca para contestar, después la cerró de nuevo. ¡Maldito hombre!

Ocho años y de repente parecía que fuera ayer y estuvieran en medio de la *suite* del hotel, nariz contra nariz, repitiendo la misma discusión y los mismos puntos de vista enfrentados.

La única diferencia, por supuesto, y una bien grande, era que sus hermanas y su novio estaban allí con ellos.

—Entonces, seguís casados —moviendo la cabeza, Matthew miró a Jordan y después a Alexis.

—Matthew, lo siento muchísimo. Esto me ha sorprendido tanto como a ti —dijo Alexis. Él alzó una ceja y ella suspiró—. Bueno, puede que no tanto como a ti, pero ha sido una sorpresa. Después de la boda de Kiera, en cuanto vuelva a Nueva York, me aseguraré de que los documentos se hagan oficiales. Nos aseguraremos de ello —

Alexis lanzo a Jordan una mirada airada—. ¿Verdad?

Jordan apretó los labios y su boca formó una línea tensa.

—¿Dónde está todo el mundo?

Al oír la voz de Trey desde la otra habitación, Alexis se quedó helada e intercambió miradas nerviosas con sus hermanas.

—Supongo que Trey tampoco sabe nada de esto —susurró Alaina.

—Por supuesto que no —Alexis negó con la cabeza.

—Por favor, ¿podríamos no decírselo hasta después de mi boda? —

Kiera se mordió el labio inferior—. Ya está fastidiado con tener que ponerse un esmoquin el sábado y, como novia, agradecería mucho que nuestro hermano no tenga que enfrentarse a problemas adicionales. Señor Langley… —recordando sus modales, Kiera sonrió con cortesía a Matthew—, si está libre, me encantaría que asistiera a la boda. Como acompañante de mi hermana, por supuesto.

—Agradezco la invitación —Matthew miró a Alexis—. ¿Qué te parece eso, cariño?

¿Qué podía parecerle? Con todos los ojos de la habitación fijos en ella, era obvio.

Se sentía atrapada.

Las paredes de la habitación parecían acercarse más y más, pero, de alguna manera, Alexis consiguió ponerse junto a Matthew, entrelazar el brazo con el suyo y sonreí ríe.

—Me parece maravilloso.

—Tal vez deberíamos preguntarle a Jordan si a él le parece bien —Matthew miró al hombre en cuestión—. Dado que es tu esposo… técnicamente hablando, claro.

Alexis percibió el reto en la voz de Matthew y vio cómo la mirada dura y fija de Jordan se lo devolvía. Como si no tuviera bastantes problemas con un hombre, pensó con tristeza, de repente tenía que ocuparse de dos.

—¿Dónde diablos está todo el mundo? —gritó Trey, más fuerte esa vez.

No dos, sino tres hombres, decidió Alexis. Se dio la vuelta justo cuando su hermano asomaba la cabeza por la puerta y fruncía el ceño.

—Mira a quién hemos encontrado —exclamó Kiera, con la voz un poco demasiado aguda, demasiado alegre—. Al novio de Alexis. ¿No te parece divertido?

Divertido. Alexis podría haber pensado en varias palabras para definir la situación, pero ninguna de ellas se acercaba remotamente a divertido. El dolor sordo que sentía en el cerebro se convirtió en un martilleo agudo pero, de alguna manera, consiguió superar las presentaciones y el estrés de simular que le encantaba que Matthew hubiera aparecido.

De hecho, si no fuera por Jordan habría estado encantada y eso la irritaba un montón. Era encantador que Matthew hubiera hecho un viaje tan largo para sorprenderla. Romántico, incluso. Era guapo, divertido y comprensivo. De mente abierta. Era todo cuando podría desear una mujer. Todo lo que ella deseaba.

Que sus labios aún ardieran por el beso de Jordan no significaba nada. Ni que su piel palpitara.

Nada.

Consiguió mantener una sonrisa en el rostro cuando todos se trasladaron a otra habitación para beber algo frío. En cuanto pudiera estar un momento a solas con Matthew podría explicarle su breve matrimonio.

Con un puro en una mano y un vaso de whisky en la otra, Jordan se apoyó en la barandilla del porche y observó como el sol se ocultaba lentamente tras los árboles.

Había rechazado la oferta de Trey de acompañarles a Matthew y a él a visitar los establos y los prados, optando por la cómoda soledad del atardecer.

Las sombras, cada vez más profundas, daban un cierto frescor otoñal al cálido aire del crepúsculo, perfumado con el aroma de la madreselva y las rosas tardías del jardín de Alaina. En el arroyo que había detrás de la casa, croaban los sapos, mientras que dentro de la casa se oían conversaciones femeninas y risas, mezcladas con el sonido de los platos y cubertería que estaban recogiendo de la mesa.

Si cerraba los ojos, casi podía imaginarse de nuevo con diecisiete años, aunque a esa edad no habría estado en el porche. Habría estado detrás del granero, tomando una cerveza y fumando un cigarrillo con Trey, a escondidas, y rezando porque Helena Blackhawk no apareciera de repente, lanzando un discurso sobre los pecados del alcohol y el tabaco, que conducían a la depravación erótica, de la carne y el sexo.

Cuando eran adolescentes, Trey y él habían anhelado que eso fuera verdad. Las mujeres eran seres maravillosos, misteriosos y de dulce perfume, dueñas de gran parte de sus pensamientos y de un porcentaje muy alto de su tiempo. Buscaban oportunidades de explorar el sexo femenino de cerca y de forma personal con entusiasmo e imaginación competitiva.

Jordan sonrió al rememorar, recordando que una vez había oído a Betty Rutfield decirle a Lucy Overton que teniendo allí a Trey Blackhawk y Jordan Grant, no había hija que estuviera segura en Stone Ridge.

Jordan había sabido que toda la población de Stone Ridge se rascaba la cabeza pensativamente cuando veían al hijo de Richard y Kitty Grant con el rebelde chico de los Blackhawk. También se decía que el padre de Trey en realidad no se había ahogado intentando salvar la vida a un niño, sino que estaba vivo y bien, en Houston, trabajando en un rancho.

Jordan recordó qué también se oían otras historias. Por ejemplo que la loca de Helena Blackhawk había matado a su marido y lo había enterrado en las colinas. O

que el joven Trey, que había sufrido los abusos de su padre alcohólico, lo había matado una noche mientras dormía y dejado que los osos se ocuparan de su cuerpo.

Dado que William Blackhawk no pasaba por el pueblo a menudo, y no era demasiado amistoso cuando lo hacía, a los lugareños les importaba poco que hubiera ocurrido una cosa o la otra. En cualquier caso, la mayoría opinaban que los cotilleos y los rumores eran más interesantes que la realidad.

Ni siquiera Jordan había sabido la verdad hasta el día después de que Trey y él se graduaran en el instituto. Después de la ceremonia, en el campo de fútbol, la madre de Trey había llorado y lo había besado, diciéndole lo orgulloso que habría estado su padre y cuánto deseaba que su Willie pudiera haber visto a su niño convertido en todo un hombrecito.

A la mañana siguiente, después de la celebración y sin tener que volver al instituto, Jordan y Trey estaban sentados sobre el capó de la vieja camioneta negra de Trey, con las últimas seis botellas de cerveza entre ellos, contemplando la salida del sol sobre el lago.

—Mi padre no está muerto —había dicho Trey con voz queda, mirando el amanecer y tomando un trago de una botella—. Vive en Wolf River con su esposa y su hijo, tiene un rancho de cien mil acres de terreno y más dinero que Dios.

Trey tiró la botella al círculo que habían dibujado en el suelo, a varios metros de distancia, y cayó justo en el centro.

—Mi madre fue el secreto sucio de William Blackhawk. Cuando se cansó de ella y de los bastardos que nunca había deseado, le dio dinero y se marchó sin mirar atrás. Mi madre lleva tantos años contando esa historia de que su pobre Willie se ahogó intentando rescatar a un niño que ha llegado a creérsela.

Jordan miró la botella que tenía en la mano, tomó el último trago y la lanzó al círculo. Cayó junto a la de Trey y se rompió en dos trozos.

—Mi madre se acuesta con el abogado de mi padre y mi padre se acuesta con la mujer de su mejor amigo.

Trey no dijo nada durante unos minutos, pero después empezó a reírse.

Quedamente al principio, pero fue subiendo de volumen. Jordan se unió a él y poco después ambos cayeron del capó y se revolcaron por el suelo, riendo a carcajadas.

Habían seguido adelante con sus vidas. Jordan se fue a la universidad y Trey se hizo cargo del rancho familiar, pero nunca jamás habían vuelto a mencionar a William Blackhawk.

Nunca hasta hacía unas semanas, cuando Trey le había llamado para decirle que sus hermanas y él habían heredado un montón de dinero de un abuelo a quien no conocían. Por lo visto, cuando terminaran de echar cuentas, la cantidad total rondaría los doce millones de dólares.

Eso era un buen montón de dinero.

Jordan pensó que era curioso cómo la vida podía cambiar de golpe. Lanzó un aro de humo y contempló cómo se deshacía. En un instante. Una persona iba rumbo al sur y, de repente, bum, se encontraba yendo al norte.

Igual que su relación con Alexis.

Oyó la puerta mosquitera cerrarse a su espalda y, sin darse la vuelta, supo que era ella. Había estado esperándola, disfrutando al saber que, por una vez, sería ella quien tuviera que ir a buscarlo.

Con una copa de vino tinto en la mano, se colocó a su lado y apoyó los brazos en la barandilla, contemplando el prado en el que un vaquero trabajaba con una yegua roana.

—Hace buena tarde —dijo ella con toda tranquilidad, igual que si estuviera quitándose una pelusa del bonito suéter azul que llevaba puesto.

—Ajá.

—Kiera ha preparado tarta de manzana de postre —tomó un sorbo de vino con delicadeza—. Juro que he engordado tres kilos sólo con olerla.

Él volvió la cabeza y la estudió tras la columna de humo que se elevaba de su puro.

—Pues te sientan muy bien, Allie.

Ella lo miró de reojo y después contempló el vuelo de un halcón, hasta que desapareció entre los árboles.

—La cena ha ido bien, ¿no crees?

—Kiera siempre ha sido una cocinera impresionante —dijo él—. Y el que Cookie le dejara preparar toda la comida en su cocina es aún más impresionante.

—No sin su supervisión —apuntó Alexis—. Ni sin quejarse de que todas esas escuelas de cocina la habían convertido en una engreída presuntuosa. Pero no me refería a la comida, Jordan, y lo sabes.

—¿Te refieres a que tu novio y tu marido se hayan sentado a la misma mesa sin lanzarse el uno al cuello del otro?

—Tú no eres mi marido —sus ojos chispearon y apretó los labios —. Pero sí, agradezco que consiguieras comportarte con educación durante la cena.

—¿Voy a recibir alguna recompensa por mi buen comportamiento?

—Conseguiré para ti una ración doble de tarta de manzana —ladeó la cabeza e hizo un gesto de exasperación que él conocía muy bien.

—Ésa sería mi segunda opción, si pudiera elegir.

—Jordan…

—Háblame de Wolf River —interrumpió él, antes de que empezase a regañarlo

—. De todos esos primos Blackhawk cuya existencia desconocías.

—No hay mucho que decir —encogió los hombros y tomó otro sorbo de vino—.

Aún no he conocido a ninguno. Trey no dice mucho, pero Kiera y Alaina piensan que son todos maravillosos. Es difícil creer que nos hayan acogido tan bien, sobre todo teniendo en cuenta quién era nuestro padre y cuánto daño hizo a la gente que lo rodeaba.

Jordan sabía que William Blackhawk había sido un bastardo de primera categoría, un hombre sin conciencia ni escrúpulos. Había engañado y mentido, robado dinero a sus hermanos y después a sus propios sobrinos, cuando sus padres murieron. Había vivido una doble vida, una en Wolf River y una en Stone Ridge, y las dos habían sido igual de viles. Cuando el hombre murió en un accidente de avioneta, tres años antes, Jordan había pensado que el mundo sería un lugar mejor sin él.

—De todas formas… —Alexis inspiró profundamente— …los conoceré muy pronto. Incluso Dillon vendrá a la boda.

—¿Dillon?

—Justo cuando creíamos que nada podía ser más extraño o complicado —

movió la cabeza—, descubrimos que el hijo de William en Wolf River, Dillon, en realidad es hijo del hermano de William. Así que no es nuestro hermanastro, como creíamos, sino un primo.

Trey ya había intentado explicarle la confusa genealogía de la familia, pero Jordan aún estaba intentando digerirla. Miró la columna de humo que se elevaba de su cigarro.

—¿Le has contado todo esto a Matthew?

Ella se puso rígida y clavó los ojos en él.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Tenía la sensación de que ibas en serio con él —comentó él con indiferencia.

—¿Y qué si es así? —echó la cabeza hacia atrás—. Han pasado ocho años, Jordan. Eso es mucho tiempo.

—Puede que sea justo la cantidad de tiempo correcta.

—Éramos unos críos —dijo ella con voz queda—. ¿Tanto te cuesta admitir que cometimos un error?

—No creo en los errores, Allie —quería que ella lo mirara, estaba convencido de que sabría la verdad si pudiera ver sus ojos—. Cada paso que damos, cada tropezón, cada caída. Incluso cuando está mal, sigue estando bien.

Ella lo miró entonces y vio en su rostro una mezcla de incredulidad y desconfianza.

—¿Cuándo te volviste tan filósofo?

—¿Cuándo te volviste tú tan cínica?

—Soy realista —discutió ella—. Una realista feliz. Por primera vez en mi vida tengo todo cuanto había deseado. Una casa maravillosa, un trabajo fantástico, dinero.

Una relación.

A Jordan no se le escapó el hecho de que Alexis no había mencionado a Matthew hasta que lo vio salir de los establos con Trey. E incluso entonces, su voz denotó falta de convicción. No estaba seguro de si intentaba convencerlo a él o convencerse a sí misma.

El sonido de un móvil interrumpió la quietud campestre y Jordan observó a Matthew contestar al teléfono mientras Trey hablaba con el vaquero que trabajaba con la yegua ruana.

—Firma los papeles, Jordan —dijo Alexis, cuando Matthew volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo y puso rumbo hacia la casa con Trey.

—¿Y si no quiero hacerlo?

Ella pareció quedarse sin aliento un segundo, después apretó los labios.

—No tengo ni idea de a qué estás jugando conmigo, pero quiero que dejes de hacerlo.

—No hay juego —él movió la cabeza lentamente.

—¿Juego? —la bota de Trey pisó el primer escalón de los que subían al porche

—. ¿Qué juego?

—Alexis acaba de preguntarme si los Rangers jugaban esta noche —Jordan soltó una bocanada de humo.

—No sabía que te gustaba el béisbol —Matthew frunció el entrecejo.

—No lo soporta —Trey golpeó las botas contra el suelo para quitarles el polvo

—. Siempre ha dicho que era casi tan aburrido como ver a alguien pescar.

—Tú no sabes lo que me gusta, Trey Blackhawk —dijo Alexis con indignación

—. Resulta que sí veo algún partido de vez en cuando. Sobre todo

si juegan los Mets.

—Eso es fantástico —Matthew se puso a su lado y colocó un brazo posesivo sobre sus hombros—. Tengo un bono de temporada y suelo regalar las entradas.

Iremos a algún partido cuando volvamos a casa.

—Lo estoy deseando —la sonrisa que esbozó Alexis no se reflejó en sus ojos.

Jordan le sonrió, estaba seguro de que lo que estaba deseando de verdad era darle a él un guantazo por haber provocado el inicio de esa conversación.

—Bueno… —ella miró a Matthew—, ¿estás listo para tomar el postre?

—Me temo que tendré que dejarlo para otra ocasión —Matthew dejó escapar un suspiro—. Acaba de llamarme mi productor. Me ha conseguido una entrevista con Phoebe Jansen.

—¿La estrella de cine? —Trey alzó la cabeza. Matthew asintió en contestación.

—Estará en Nueva York unos días, promocionando su nueva película. Su manager llamó a la cadena para organizarlo todo. Tengo una exclusiva de dos horas con ella, mañana temprano, a las ocho.

—¿Una exclusiva de dos horas con Phoebe Jansen? —Alexis alzó las cejas—. Las actrices de ese calibre no suelen dar entrevistas de más de cinco minutos.

—Por eso, aunque me encantaría quedarme… —la atrajo hacia él y le sonrió—

…hay un vuelo a las diez y media que quizá pueda tomar si me marcho ahora mismo. Volveré el sábado para la boda. ¿Me echarás de menos?

Cuando Matthew rozó los labios de Alexis con la boca, Jordan apretó el vaso con fuerza y se acabó el contenido de un trago, prefiriendo concentrarse en la quemazón del whisky en su garganta que en la llamarada de celos que prendió en su estómago.

—Claro que te echaré de menos —Alexis hizo un mohín.

—Es pasado mañana, por Dios —farfulló Trey con impaciencia—. ¿Podemos ir a tomar el postre de una vez?

—Amigos, ¿qué os parecería una foto de Phoebe con su autógrafo? —ofreció Matthew—. Sería buena compañía para una noche fría y solitaria.

—Seguro —dijo Jordan. Había captado perfectamente la ironía de Matthew, pero se negó a morder el anzuelo.

—Olvida la foto —Trey abrió la puerta mosquitera y arqueó una ceja—.

Pregúntale si quiere ser mi acompañante en la boda.

—Veré lo que puedo hacer —dijo Matthew. Después miró a Jordan —. ¿Y qué me dices tú? ¿Quieres que intente conseguirte una cita también?

—No hace falta —Jordan sostuvo la mirada de Matthew y luego clavó los ojos en Alexis—. Estoy seguro de que podré encontrar acompañante yo sólito.

Matthew apretó los labios y devolvió la mirada a Jordan. Luego abrazó a Alexis con más fuerza.

—Debería ir a despedirme —dijo.

—Nos veremos el sábado —Jordan alzó el vaso hacia él.

Capítulo Seis

—Creo que voy a vomitar.

—No te atrevas —Alexis cerró el último diminuto botón forrado de seda del cuello del vestido de novia de Kiera, después se puso junto a su hermana y colocó un brazo alrededor de su encorsetada cintura—. No tienes tiempo. Hay ciento cincuenta invitados esperando que camines hacia al altar dentro de quince minutos.

Kiera arrugó la frente y contempló su imagen en el espejo.

—Eso no es ninguna ayuda, hermana.

—Ciento cincuenta y cinco, para ser exactos —dijo Alaina, arrodillándose ante Kiera para estirar el bajo del vestido—. Al menos, eso es lo que me dijo la organizadora de la boda hace unos minutos.

—Eso tampoco ayuda nada —Kiera se llevó una mano temblorosa al estómago y cerró los ojos—. No puedo hacer esto.

—Puedes y lo harás —Alexis apretó la cintura de su hermana—. Ahora, abre los ojos, mírame y respira. Alaina, tú también, ven aquí con nosotras.

Se situaron a ambos lados de la novia con sus largos vestidos de seda azul noche, y todas ellas respiraron juntas, lenta y profundamente, hasta las mejillas de Kiera recuperaron el color y sus hombros se relajaron.

—¿Fue así para ti? —preguntó Kiera, mirando a Alexis a los ojos—. Cuando Jordan y tú os casasteis, ¿te sudaban las palmas de las manos, tenías el corazón desbocado y la sensación de que ibas a salirte del cuerpo?

Alexis pensó que de todas las cosas de las que no deseaba hablar en ese momento, su boda era la primera de la lista.

—Kiera, no puedes comparar esto con lo que ocurrió entre Jordan y yo y, además, no tenemos tiempo para hablar de eso ahora.

—Por favor —Kiera estiró el brazo y agarró la mano de Alexis—. Por favor. No es que tenga dudas respecto a casarme con Sam, no las tengo. Sólo necesito saber si todas estas sensaciones son normales.

Alexis miró de Kiera a Alaina y vio que ambas esperaban una respuesta, que las dos necesitaban saberlo. Kiera que estaba ya casi con un pie en el altar, y Alaina que pronto se acercaría a él, buscaban que ella, la persona menos indicada, las tranquilizara de alguna manera.

—El corazón me botaba como una pelota de goma —dijo Alexis, apretando los dedos helados de Kiera—. Las manos me temblaban tanto que a duras penas conseguí firmar la licencia matrimonial.

Lo recordaba todo perfectamente. El perfume de las rosas rojas en

la diminuta capilla, las vidrieras de las ventanas, el sobrio pastor de voz dulce. El recuerdo removió su sangre y su estómago; por un momento volvió a estar en aquella capilla, con las velas encendidas a su alrededor y una versión instrumental de la canción *Te amaré para siempre* sonando como música de fondo.

—Creí que iba a desmayarme —continuó Alexis con voz queda—. Y de pronto, Jordan y yo nos encontramos mirándonos a los ojos y diciendo nuestros votos.

Entonces sentí una intensa calma y una seguridad que no había sentido nunca antes.

Las palabras de compromiso habían salido de su boca con toda facilidad. Sin duda ni titubeo. En ese momento nunca habría imaginado que tres horas después estaría sola en un avión, regresando a casa.

Parpadeó y volvió al presente. Alaina y Kiera la miraban fijamente.

—¿Qué? —preguntó.

—Sigues enamorada de él —dijo Kiera, con los ojos muy abiertos y llenos de sorpresa.

Maldiciendo a su lengua por haberse soltado y a su mente por divagar, Alexis alzó el velo de novia de Kiera, que estaba junto al tocador.

—No seas ridícula.

—Sí que lo estás —Alaina corroboró la opinión de Kiera—. Cada vez que dices su nombre te cambia la mirada, y cuando los dos estáis en la misma habitación, se percibe algo extraño, como si se avecinara una tormenta.

—Eso no es amor, hermanita —Alexis movió la cabeza y estiró el velo—. Es frustración. El hombre me saca de quicio.

—Ah, yo conozco esa sensación —Kiera se llevó las manos al corazón—. A mí me pasa lo mismo con Sam. Sobre todo cuando sale con la rutina de «Yo soy el hombre y sé más de esto que tú».

—Oh, D.J. también es así —dijo Alaina, sonriendo—. A veces soy incapaz de decidir si quiero darle un puñetazo o un beso.

—Dejadlo ya —Alexis sujetó a Kiera por los hombros para que se quedara quieta, le colocó el velo sobre el recogido y lo sujetó en su sitio—. No vamos a hablar más de esto. Lo que ocurrió entre Jordan y yo es historia pasada. En cuanto firme los papeles de la anulación, será como si nunca hubiéramos existido.

—En realidad tú no quieres…

—Ni una palabra más —Alexis cortó a Kiera—. Éste es el día de tu boda. Estás deslumbrante y Sam está ahí fuera esperándote.

—Alexis, sigo sin creer que…

Todas se volvieron al oír un golpecito en la puerta del vestidor. La planificadora de la boda, una bonita rubia que el hotel Four Winds había contratado hacía poco tiempo, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Cinco minutos —anunció y después volvió a desaparecer.

Kiera se quedó quieta. Con los ojos muy abiertos, miró su imagen en el espejo, mientras Alexis terminaba de ajustarle el velo y Alaina le entregaba un ramo de lirios blancos y rosas de color rosa pálido.

—Voy a casarme —susurró Kiera, después miró a Alaina y a Alexis. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo quiero muchísimo.

—No, no, no —Alexis parpadeó para librarse de la humedad que sentía en los ojos—. No te atrevas a llorar ahora. Si empiezas tú, nosotras empezaremos también, y no tenemos tiempo para arreglarnos el maquillaje. Intenta aguantar hasta por lo menos la mitad de la ceremonia, después puedes llorar si realmente lo necesitas.

Kiera tragó saliva con fuerza, inspiró profundamente y se colocó el ramo en la cintura.

Se oyeron los acordes de la *Música Acuática* de Haendel por los altavoces, indicando el comienzo de la ceremonia. Sonrientes, las hermanas se miraron.

—¿Lista? —preguntó Alexis.

Una expresión serena apareció en el rostro de Kiera. Alzó la barbilla y se irguió.

—Lista —dijo.

El salón de baile Imperial del hotel Four Winds de Wolf River resplandecía. Las velas chisporroteaban sobre los manteles de satén color borgoña, Champán y chocolate fluían de fuentes burbujeantes. En cada mesa había jarrones con elegantes flores blancas, y su dulce aroma se mezclaba con el de la ternera Wellington y el pollo Marsala. Una orquesta formada por diez músicos tocaba una mezcla de blues suaves y lentas canciones country. Algunos invitados se dirigían a la pista de baile, mientras otros disfrutaban de la sobremesa, hablando, riendo. Sonriendo.

Todos menos Jordan.

Bebiendo su segunda cerveza junto al bar, observaba a Alexis. Estaba sentada en la mesa nupcial, junto a Matthew, en la misma mesa en la que había estado él hasta hacía diez minutos. Jordan había tolerado la presencia de Matthew durante la comida, incluso había conseguido soportar el detallado recuento de la entrevista del reportero a Phoebe Jansen, que parecía haber fascinado a todos los que estaban en la mesa.

A todos menos a él.

Mientras Matthew comentaba una anécdota sobre la nueva película de Phoebe, Jordan había estado escribiendo mentalmente su propio guión, uno en el que un reportero de espectáculos neoyorquino desaparecía súbitamente del mapa en Texas, tras tomar una salida equivocada en la autopista. Alexis era la protagonista femenina de la película de Jordan, la novia a la fuga que había sido secuestrada por un convicto escapado del penal, y que al final era rescatada por un valiente agente del FBI. Ese papel, por supuesto, le correspondía a él. Jordan seguía trabajando en los detalles pero, en general, le gustaba el argumento básico, sobre todo el final, cuando la heroína le demostraba su agradecimiento al héroe.

Había pasado un buen rato imaginando esa parte.

Tomó un largo trago de cerveza y miró a Alexis, que, inconscientemente, jugueteaba con el collar de diamantes y zafiros que llevaba al cuello, mientras bebía de una copa de Champán. Él pensó en esos suaves dedos, en la sensación que provocaban sus manos en su piel desnuda. El tiempo no había quitado fuerza a su recuerdo. Si acaso, lo había acentuado. Pensó que habría dado igual que hubieran hecho el amor el día anterior por última vez. Recordaba cada súplica susurrada, cada gemido, cada caricia. Como si fuera un buen vino, de valor incalculable, había mantenido esas sensaciones, y los sentimientos que asociaba con ellas, embotelladas y a buen recaudo.

Había sabido que ir allí, verla, removería todo eso. De hecho, había contado con ello. Pero no había imaginado hasta qué punto, ni lo fuertes y agudas que serían esas sensaciones.

Cuando la había visto caminar por el pasillo delante de Kiera, con el vestido azul brillando como lluvia y acariciando sus largas y esbeltas curvas, se le había cerrado la garganta. Se había quedado sin oxígeno, sin capacidad de pensar con coherencia, para su mente y sus ojos sólo había una cosa: Alexis.

Su cara había estado iluminada de alegría y sus ojos brillaban como el vestido.

Había tenido esa misma mirada ocho años antes, el día que, de pie ante él, había prometido amarlo, ser su esposa. Para siempre. El pensamiento fue como un puñetazo en la boca del estómago.

Entonces había empezado a sonar la marcha nupcial y Jordan había centrado su atención en Kiera. Como un ángel, había entrado flotando en la capilla. La vio tomar el brazo de Trey, que después se la ofreció a Sam. Pareció oírse un suspiro colectivo de todas las mujeres de la capilla cuando la novia miró al novio, y cuando intercambiaron los votos, salieron a relucir los pañuelos de papel y no quedó un ojo

femenino seco en toda la habitación.

Cuando Sam puso el anillo en el dedo de su esposa, Jordan miró a Alexis y sus ojos se encontraron. Ella desvió la mirada, pero no lo bastante rápido. No antes de que él viera que estaba recordando el anillo que él le había puesto en el dedo, los votos que habían intercambiado ocho años antes. También sabía que nunca admitiría que había estado pensando en eso.

Endemoniada mujer testaruda.

Vio a Matthew tocar el hombro de Alexis e inclinarse para susurrarle algo al oído. Cuando ella sonrió y asintió, Jordan estuvo a punto de dejar escapar un gruñido sordo.

—¿Qué piensas de él?

—¿Qué? —con los ojos entrecerrados, Jordan giró bruscamente la cabeza al oír la voz de Trey.

—A mí me gusta —Trey hizo al camarero una seña para que le pusiera una cerveza—. Y eso está bien, dado que parece que estará por aquí bastante tiempo.

—¿Eso quién lo dice? —ladró Jordan.

—Eso es lo que suele ocurrir cuando uno se casa, Jordan —Trey arrugó la frente

—. Al menos se supone que sea así. ¿Hay algo del nuevo marido de mi hermana que no te guste y que yo deba saber?

Diablos. Jordan comprendió que Trey estaba hablando de Sam y se maldijo por haber permitido que lo pillara distraído, pero también sintió un cierto alivio por la interrupción, porque había estado a punto de cruzar la sala y darle un par de puñetazos al acompañante de Alexis.

—Sam me gusta —Jordan se encogió de hombros y miró a la pareja de recién casados, en la pista de baile—. ¿Por qué no iba a gustarme? Parece un buen tipo.

—Deberías haber estado allí la primera vez que nos conocimos —Trey se llevó la cerveza a los labios—. Tendré que contártelo algún día. Ahora que vas a volver a Stone Ridge, puede que por fin nos veamos más de una vez al año. Diablos, puede que incluso te dejé jugar al póquer con nosotros los viernes por la noche. En un par de partidas seré el dueño de tu rancho.

—O yo el dueño del tuyo.

Trey hizo rotar un hombro y se recostó contra la barra del bar.

—Podríamos hacerlo, ¿sabes?

—¿El qué?

—Una cooperativa —contestó Trey—. Combinar tierras y bienes.

—¿Trey Blackhawk? ¿Don Lobo Solitario sugiriendo una fusión de

tierras y bienes? Espera… —Jordan se dio un golpecito en la oreja— …debo haberte oído mal.

Trey frunció el ceño, pero no se tomó a mal el comentario.

—Ahora, por fin, tengo el dinero para ampliar, así que, ¿por qué no? Nuestros ranchos se tocan por el este, creo que si pudiéramos conseguir el de Ambrose Tucker, al sur, nos convertiríamos en algo importante.

—No hay ninguna posibilidad de que Ambrose venda —Jordan negó con la cabeza—. Y ese viejo gruñón es demasiado cabezota para morirse.

—No haría ningún mal hablar con él —Trey agachó la cabeza y suspiró cuando vio a la planificadora de la boda hacerle un gesto para que fuera a su lado—. Piénsalo y ya me dirás qué te parece la idea.

Cuando Trey se marchó, Jordan lo pensó unos tres segundos, hasta que vio a Alexis en la pista de baile. Por lo menos no estaba bailando con Matthew, sino con el prometido de Alaina, D.J.

Necesitando una distracción, Jordan observó la pista de baile, poniendo nombres a los rostros. La elegante pelirroja vestida de seda verde era Grace, y su marido, Rand Blackhawk, era primo de Trey, aunque parecía más un hermano gemelo. Había más primos Blackhawk por allí: Lucas, cuya esposa era una rubia alta y despampanante llamada Julianna, y Clair, que estaba casada con Jacob. Clair era la dueña de Four Winds y por lo que había oído decir Jordan, su papel no sólo había sido decisivo para volver a unir a la familia Blackhawk, sino también en la unión de Sam y Kiera. Jordan, observando a Clair bailar con Jacob, junto a Alexis y D.J., se dio cuenta de que Clair estaba embarazada.

Cuando Matthew reapareció de repente y tomó a Alexis entre sus brazos y le sonrió, la mano de Jordan apretó el vaso. Se preguntó cuánto más de eso se suponía que tenía que aguantar.

Pero la verdadera pregunta debería haber sido cuánto podía aguantar.

Aguantó exactamente catorce minutos. Los suficientes para que Trey hiciera un brindis, los suficientes para que sirvieran la tarta y los suficientes para que la pista de baile volviera a llenarse. Se acabó la cerveza y recorrió la sala con la vista, buscando a Alexis. Había mantenido la distancia con ella esa noche, dándole espacio; pero en ese momento la quería entre sus brazos, quería tenerla muy cerca y Matthew, estuviera donde estuviera, podía irse al infierno.

Si la única forma de conseguir su propósito era incorporarse a la pista de baile, bailaría. Cuando no la encontró, arrugó la frente y buscó a Matthew.

A él tampoco lo vio.

El rostro de Jordan se ensombreció aún más. Habrían tenido que pasar junto a él si hubieran ido a los aseos. Y también habrían pasado a su lado si hubieran salido al patio.

Se preguntó dónde diablos estaban entonces.

Un momento después, los vio al otro extremo de la sala y se le hizo un nudo en el estómago al verlos salir del salón. Apretó los dientes, dejó el vaso vacío en la barra y fue tras ellos. Había ciertas cosas que no estaba dispuesto a admitir.

Capítulo Siete

Alexis, de pie ante el ascensor que llevaba a las *suites* del hotel, pulsó con impaciencia el botón de subida, aunque ya estaba encendido. Sintió un pinchazo de arrepentimiento, pero había tomado su decisión y estaba segura de que era la correcta. Y lo fuera o no, su lema siempre había sido: «No mires atrás». Eso la había ayudado a superar los tiempos difíciles y había mantenido su espíritu fuerte e indomable.

Ese lema también la ayudaría a superar esa noche, pensó, inhalando profundamente para darse seguridad y recuperar la calma. Tenía que ayudarla.

—¡Alexis!

Ella se quedó helada, ni siquiera se volvió al oír la voz airada de Jordan desde el otro extremo del vestíbulo revestido de mármol. Maldición. No podía enfrentarse a él en ese momento, no podía mirarlo, no podía hablar con él. De hecho, apenas había sido capaz de quitarle los ojos de encima a lo largo de la noche, no podía dejar de pensar en lo guapo que estaba con su esmoquin negro, no podía evitar los indeseados pinchazos de celos que había sentido cuando había visto a las mujeres solteras mirarlo, sonreírle.

Se decía que había sido culpa del estrés de los últimos días, y de ver a su hermana casarse, lo que había desatado todas esas emociones en su interior. Las bodas tenían ese efecto en la gente. Todo el discurso centrado en «felices para siempre» hacía que una persona se reblandeciera por dentro y que su cerebro se convirtiera en pura papilla.

Cuando Jordan volvió a decir su nombre, sintió que algo parecido al pánico se aferraba a su estómago. Volvió a pulsar el botón de «Subida», maldiciendo la lentitud del ascensor.

Sintió una oleada de alivio cuando las puertas por fin se abrieron silenciosamente. Entró a toda prisa y pulsó el botón de «Cerrar puerta». Después se volvió y observó a Jordan ir hacia el ascensor. Sus largas piernas pronto acortaron la distancia que los separaban. Cuando las puertas empezaron a cerrarse y tuvo la seguridad de que no llegaría a tiempo, agitó los dedos en un ademán de despedida y le sonrió.

Su sonrisa se esfumó cuando él consiguió meter una mano dentro del ascensor y evitar que la puerta se cerrase.

Con la mandíbula apretada, Jordan entró en el ascensor y pulsó un botón. Las puertas se cerraron con suavidad y ella notó el ronroneo del motor hidráulico en los pies. Por los altavoces se oía una melódica

canción de Carlos Santana.

Cuando Jordan se volvió para mirarla, sus ojos tenían la mirada fiera de un animal enjaulado. Ella casi se quedó sin respiración al comprender que estaba en la jaula con él y no había ningún sitio adonde ir, ningún sitio donde esconderse.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó él con voz tensa.

La pregunta la pilló por sorpresa, pero se recuperó rápidamente, decidida a aguantar al menos hasta que se abrieran las puertas del ascensor y pudiera escapar.

Hizo acopio de coraje para simular una bravuconería que estaba lejos de sentir y le lanzó una mirada gélida.

—¿Estás haciendo una encuesta, o es simple curiosidad?

—Ya está bien de respuestas cargadas de ironía —la acorraló contra la esquina

—. Hazme el favor de contestar a la maldita pregunta que te he hecho.

—No es asunto tuyo dónde voy. Hago lo que quiero, cuando quiero, Jordan Grant, y no necesito tu permiso.

—Bien —se acercó más, hasta que sus muslos tocaron los de ella—. Porque no voy a dártelo.

«Aguanta», se dijo ella, aunque le estaba pareciendo que ése era el viaje en ascensor más largo de su vida. Con la barbilla alta, le dirigió una mirada que habría hecho retroceder a cualquier otro hombre. A cualquier hombre menos a Jordan. Con la mandíbula tensa y los ojos brillantes, él le devolvió la mirada.

El frío que ella había sentido unos momentos antes empezó a desaparecer.

Estaba tan cerca de ella que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo a través de su vestido, casi parecía que le traspasaba la piel. Podía captar el aroma masculino de su loción para después del afeitado y el olor almizclado del deseo que lo movía.

Deseaba darle un empujón para apartarlo, pero no se sentía capaz de tocarlo, no estaba segura de qué ocurriría después, si lo hacía. Pensó para sí que lo mejor sería cambiar de táctica. Si no podía controlar a la bestia, razonaría con ella.

—Esto es ridículo —dijo, soltando un profundo suspiro—. Jordan, por favor, ha sido un día muy largo. Estoy cansada. Sea lo que sea que tengas en la cabeza,

¿podríamos dejarlo para mañana?

—No.

Ella apretó los labios, no estaba de humor para discutir. Cuando el ascensor se detuvo por fin y se abrieron las puertas, entonó una

silenciosa oración de agradecimiento. Pero dio un gritito cuando él le agarró el brazo y tiró de ella pasillo abajo.

—¡Jordan! —lo siguió a trompicones, intentando mantener el equilibrio y que no se le cayera el bolso que llevaba colgado del hombro. Si hubiera podido quitarse uno de sus zapatos de diez centímetros de tacón, le habría agujereado la cabeza con él.

Jordan se detuvo abruptamente ante la puerta de una de las suites, y ella chocó contra él.

—Ésta no es mi habitación —protestó ella.

Ignorándola, él pasó la tarjeta por la ranura y abrió la puerta, la obligó a entrar y cerró la puerta a su espalda. Cuando corrió el cerrojo ella pensó que iba a estallarle el corazón.

Obviamente, era la habitación de él.

—¿Qué te crees que estás haciendo, arrastrándome hasta aquí como si fueras un neandertal? —intentó liberar su brazo, pero él la tenía agarrada con fuerza.

—Si crees que voy a quedarme parado sin hacer nada mientras vas a reunirte con tu amante, estás muy equivocada.

Su amante.

Alexis tardó un momento en asimilar las palabras de Jordan. Podría haberse echado a reír, pero comprendió que eso disiparía su ira, y necesitaba la ira, necesitaba algo a lo que agarrarle con uñas y dientes.

—¿Qué te hace pensar que puedes estar ocho años alejado de mi vida para reaparecer de repente y ponerte a darme órdenes?

Se preguntó por qué ya no parecían ocho años. Por qué se sentía igual que si todo hubiera ocurrido el día anterior. Las mismas emociones, el mismo calor, la misma discusión.

—El hecho de que eres mi esposa —replicó él—. Ocho minutos, ocho horas, ocho años, me importa un comino. Soy tu marido.

—Yo firmé los papeles, Jordan —alzó la barbilla con gesto desafiante—. Que tú no lo hicieras no significa que esté atada a ti.

—Pero estás atada a mí —la atrajo contra su cuerpo con rudeza—. Matrimonio o no matrimonio. Con papeles o sin papeles. Siempre lo estarás. Eso es lo que te asusta tanto, ¿verdad, Allie? —dijo él con firmeza—. Sabes que no importa cuánto tiempo esperes, ni cuánto tiempo luches contra ello, siempre lo estarás.

—No —ella no deseaba oír eso. Se negaba a escucharlo—. No puedes retenerme aquí. Alguien vendrá a buscarme. Es la boda de Kiera, por Dios santo. ¿De verdad quieres montar una escena?

—La boda ha terminado, y a estas alturas Kiera y Sam ya están en su limusina de camino al aeropuerto. Pero dado que te preocupa tanto

que alguien venga a buscarte… —apretó su brazo con más fuerza y la llevó al otro lado de la habitación—

…vamos a hacer una llamada para que cierta persona no tenga por qué preocuparse,

¿te parece?

Levantó el auricular del teléfono que había junto al sofá y pulsó la tecla del mostrador de recepción.

Alexis intentó quitarle el teléfono.

—¿Qué estás…?

—Habitación de Matthew Langley, por favor —dijo Jordan en el auricular.

—¡Jordan, para! —consiguió arrancarle el teléfono de la mano y colgó—. ¿Estás loco?

—Obviamente —entrecerró los ojos que se convirtieron en dos rayas negras y frías—. Un hombre cuerdo no estaría perdiendo el tiempo aquí de pie, discutiendo con la mujer más testaruda del mundo. Un hombre cuerdo se habría rendido cuando esa mujer lo dejó plantado. Un hombre cuerdo habría firmado los malditos documentos y encontrado a otra mujer.

Ella se quedó inmóvil, era como si esas palabras le hubieran vaciado el aire de los pulmones. Se preguntó por qué le hacían daño. ¿Cómo podían dolerle aún, después de tanto tiempo?

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó, con la voz tensa y aguda.

—Si necesitas preguntar el porqué, da igual —la soltó, se pasó la mano por el pelo y se dio la vuelta, blasfemando para sí—. Vete, Alexis. Sal de aquí.

«Corre», gritó la mente de ella.

«Corre rápido y lejos».

Pero su corazón le susurró algo completamente distinto y no pudo moverse. A duras penas podía respirar.

Pensó, con desesperación, que nada de eso estaría ocurriendo si se hubieran cerrado las puertas del condenado ascensor.

—No iba la habitación de Matthew —su admisión quedó flotando en el aire, cargado de silencio—. Iba a la mía.

Jordan se dio la vuelta y la miró con esos ojos oscuros y airados, pero no dijo nada.

—He roto con Matthew —se frotó los brazos, con la esperanza de poder mantener la compostura—. Ayer.

—¿Ayer? —Jordan arrugó la frente—. Pero entonces, ¿por qué iba él a…?

—¿A venir a la boda conmigo? —avergonzada por su admisión, clavó la mirada en la mullida alfombra color crema—. Porque yo se lo

pedí.

—¿Por qué? —Jordan dio un paso hacia ella.

—Para mantenerte a distancia —cerró los ojos, no estaba segura de que sus rodillas fueran a soportar su peso mucho más tiempo—. Supuse que si podía superar el trago de la boda, y superar esta noche, podría regresar a Nueva York mañana, volver a mi vida, sin…

Cuando calló, él estiró el brazo y tomó su barbilla en la mano.

—¿Sin qué?

Ella abrió los ojos y alzó la mirada hacia él. Apartó a un lado el orgullo y sólo quedó en ella rindiéndose a su necesidad, pura y simple.

—Sin hacer esto.

Cerró el breve espacio que los separaba. Ese agujero inmenso. Deslizó las manos por su pecho y las subió hasta rodear su cuello.

No correría más.

Esa noche no. El último rescoldo de negación, de resistencia, se había apagado.

Pensó que los dos estaban locos. Pero sólo existía ese momento, sólo existía Jordan.

Locura o no, ya daba igual.

Él rodeó su cintura con los brazos y la apretó contra sí. Después aplastó la boca contra la de ella. No había necesidad de seducción, ninguna razón para convencerla.

Ella deseaba. Él deseaba. Y los dos satisfarían su anhelo.

No apartó la boca de la suya cuando la alzó en brazos y la llevó al dormitorio, abriendo la puerta de una patada. Su sabor, su aroma le resultaban fantástica y eróticamente familiares a Alexis. Sintió llamaradas de calor recorrer su piel y su sangre, y cuando él deslizó la boca hacia su cuello, gimió.

Las cortinas estaba abiertas y la luz de la luna se filtraba a través de los suaves visillos blancos que cubrían los ventanales de suelo a techo, creando un resplandor plateado en la habitación. Ya junto a la cama, él la bajó al suelo, deslizándola a lo largo de su cuerpo duro y musculoso. Incluso cuando sus pies tocaron el suelo, ella siguió sintiéndose como si flotara en una nube de intenso placer. Deslizó las manos en el interior de la chaqueta del esmoquin, se la quitó de los anchos hombros y la dejó caer. Después alzó la vista para mirarlo. El deseo salvaje que vio brillar en sus ojos hizo que le temblaran las rodillas y se le disparase el pulso.

Con los brazos colgando a los costados, se estremeció, y echó la cabeza hacia atrás cuando él bajo la boca y depositó un paseo de besos de un hombro al otro. El deslizó las manos alrededor de su cintura, encontró la cremallera del vestido y la bajó lentamente.

—Te deseo —murmuró, levantando la cabeza para mirarla.

—Yo también te deseo a ti —tragó aire cuando él le quitó los tirantes del vestido de los hombros.

La seda azul cayó al suelo, rodeando sus pies como un charco de luz. Lo poco que llevaba puesto debajo era negro. Un sujetador sin hombreras, un tanga de encaje y tacones de diez centímetros. Se quedó parada ante él, estremecida, aterrorizada, excitada.

—Eres aún más bella de lo que yo recordaba —su voz sonó espesa y ronca, tenía los ojos oscuros y entrecerrados—. Y tengo una memoria fantástica.

Rozó su sien con los labios, después sus mejillas y después encontró su boca de nuevo. El beso fue impaciente, exigente, y ella rodeó su cuello con los brazos y gimió cuando la arrastró a la cama. Pasó las manos por los fuertes músculos de sus hombros y luego las bajó para buscar los botones; los abrió uno a uno hasta que tuvo las manos dentro de su camisa, tocando su piel ardiente.

Él se situó sobre ella, presionándola contra el blando colchón. Atrapó sus muñecas con las manos y las sujetó mientras la besaba, bajando de su cuello hacia sus senos. Casi fue demasiado. Sentir el calor de su aliento en la piel, la sensación de su boca tentando, jugando, mordisqueando a través de la seda, tironeando de un pezón erecto y luego del otro; todo ello la volvió loca de deseo. Se movió bajo él, impaciente, queriendo acariciarlo, tocarlo, pero él no le soltó las muñecas, excitándola aún más, frustrándola hasta que gimió su protesta.

Pero él siguió manteniéndola cautiva, atrapada bajo él, sujetando sus brazos por encima de su cabeza mientras exploraba su cuerpo con boca y lengua. Ella jadeaba, se retorcía de deseo, y cuando por fin soltó sus muñecas para tomar sus senos entre las manos, volvió a gemir y deslizó las manos por sus hombros y bajó hacia su sólido y ancho pecho.

Tironeó de su camisa, deseando con desesperación sentir su piel en la suya.

Entretanto, de alguna manera, su sujetador había desaparecido y él lamía un pezón que después succionó con fuerza. Ella sintió un pinchazo de intenso calor entre las piernas y se movió contra él, deseándolo en su interior, necesitándolo dentro de ella.

Suplicando, gimiendo, arrastró las uñas por su cuero cabelludo y luego por sus hombros. Él llevó las manos a sus muslos, rasgó el diminuto trozo de encaje de sus caderas y lo tiró a un lado. Después sus dedos acariciaron la sensible zona interior de sus muslos, subiendo hasta llegar al punto más sensible de todos.

Temblando, ella se arqueó hacia arriba cuando la tocó, sintiendo calor y frío al mismo tiempo. Se preguntó cómo podía haber vivido sin eso. Sin él. Mientras la acariciaba, esa pregunta y cualquier otro pensamiento se borraron de su mente. Sólo podía sentir. El placer era un remolino cada vez más tenso y pensó que se volvería loca si no lo sentía dentro de ella. Cuando no pudo soportarlo más, lo empujó y rodaron por la cama hasta que ella se colocó encima y empezó a forcejear con la hebilla de su cinturón. Forcejearon juntos, hasta que pantalones, zapatos y demás prendas acabaron desperdigadas por la cama y el suelo. Volvieron a rodar por la cama.

Él se alzó sobre ella, abrió sus muslos con la rodilla y sujetó sus caderas con sus grandes manos. Conteniendo el aliento, con el corazón martilleándole en el pecho, ella cerró los ojos, creyendo que el deseo salvaje que la atenazaba podría llegar a matarla.

—Mírame, Alexis —jadeó él.

—Date prisa… —esforzándose para respirar, lo agarró— …por favor date prisa.

—Abre los ojos y mírame —exigió él, atrapando sus muñecas y sujetándolas contra sus costados—. Di mi nombre.

Ella sabía por qué quería que hiciera eso, cuál era su intención, pero no le importaba. Comprendió, con horror, que en ese momento habría hecho cualquier cosa que él le pidiera. Cualquiera. No había nada que pudiera negarle.

Lentamente abrió los ojos y lo miró.

—Jordan —musitó, oyendo el tono de desesperada necesidad en su propia voz, y el latido frenético de su corazón—. Hazme el amor, Jordan.

Él deslizó las manos hacia arriba de sus brazos, la sujetó con fuerza y la penetró.

El mundo de ella cambió de eje, de punto de mira; sólo existía ese momento, sólo existía Jordan haciéndole el amor. Arqueó el cuerpo hacia arriba, susurrando su nombre una y otra vez. Ocho años de necesidad y deseo se juntaron y unieron apretadamente en uno. Jadeando, rodeó su cuello con los brazos, necesitándolo más cerca aún, más dentro.

Juntos se movieron con intensidad salvaje y desesperada, encontrándose en cada embestida, ambos dando y recibiendo a un tiempo.

La fuerza combinada de su explosión fue cegadora, ensordecedora. Pura luz blanca que lo ocultó todo excepto ese estremecedor momento de puro éxtasis.

Los espasmos finales se sucedieron en sus cuerpos y ambos

terminaron temblando y jadeando. Juntos y aún fuertemente abrazados, volvieron a hundirse en la cama.

Cuando fue capaz de moverse otra vez, Jordan se puso de costado, llevando a Alexis con él. Se quedó tumbada a su lado, relajada como una muñeca de trapo, y moldeándose a su cuerpo como arcilla blanda y recién amasada. Los dos seguían respirando con esfuerzo y el sonido se mezclaba con el latido pesado de sus corazones.

Él la acercó aún más a sí, posó los labios en su hombro húmedo y saboreó el sabor levemente salado de su suave piel. Cuando ella se estremeció, alzó la cabeza.

—¿Tienes frío?

Alexis negó con la cabeza, aún con los ojos cerrados pero, de todas formas, él subió la sábana para taparla. Imaginaba que ella encontraría una excusa para escapar antes o después, y estaba empeñado en que fuera después.

Mucho después.

Cuando su respiración empezó a acompasarse y el latido de su corazón recuperó la normalidad, él le colocó un mechón de pelo revuelto tras la oreja Y

acarició su mejilla con el dedo. Los ojos de ella, aún nublados y cargados de deseo, lo miraron.

—Siempre fuimos bastante buenos en eso —murmuró ella.

—También éramos buenos en otras cosas —él le besó la punta de la nariz.

—¿Sí? —se apartó de él y escrutó su rostro—. ¿Como cuáles?

Lo cierto era que él nunca había pensado en ello. Nunca había puesto su relación bajo el microscopio para analizarla.

—No lo sé. Simplemente estando juntos.

—Eso no es una respuesta —se irguió sobre un codo, apoyó la cabeza en la mano y estudió su rostro—. Nos peleábamos demasiado.

—Adoraba pelearme contigo —dijo él—. Adoraba hacer las paces. Adoraba oírte susurrar por teléfono en mitad de la noche para que nadie te oyera. Y las miradas que me dirigías cuando Trey y tus hermanas no estaban mirando. La sonrisa traviesa que me decía que estarías esperándome en el lago, después.

A lo largo de los últimos ocho años, había habido momentos en los que se había preguntado si ese verano con Alexis había sido un sueño. Todo había ocurrido demasiado deprisa, con tanta intensidad, necesidad y pasión que no parecía posible.

Amor, matrimonio, documentos de anulación. ¿Cómo podía ser eso real? Se había dicho cientos de veces que no podía haber ocurrido.

Pero viéndola en ese momento, tumbada a su lado, supo que había

sido real.

Supo que cada momento que había pasado con ella había sido más real y le había hecho sentirse más vivo que todo el resto de su vida.

—Éramos buenos juntos, Allie —pasó suavemente un nudillo por su mandíbula

—. Entonces y ahora.

Ella cerró los ojos con un suspiro y empezó a incorporarse, pero él la sujetó, la besó hasta que ella dejó de resistirse y volvió a convertirse en masilla en sus manos.

Se puso de costado, arrastrándola con él y encendió la luz de la mesilla.

—Nada de luz —protestó ella, moviendo la cabeza.

—Quiero verte —murmuró él, deslizando una mano por su cadera.

—Utiliza tu fantástica memoria.

Él le agarró la mano cuando intentó apagar la luz y luego trazó un círculo en la curva de su trasero con las puntas de los dedos.

—Háblame de esto.

—Es un tatuaje. No hay mucho que contar.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Alaina y yo… —tragó aire cuando él le besó el cuello y gimió cuando empezó a acariciar uno de sus pechos—…cuando cumplimos veintiún años. En Nueva Orleans.

—¿Alaina tiene un tatuaje? —él alzó la cabeza.

—Si se lo dices a alguien, te mataré —volvió a gemir al sentir su boca en el costado—. Tenemos un pacto.

No lo dijo con demasiado ardor, pero su piel sí ardía y él paladeó su sabor, captó su deseo.

—Un unicornio —murmuró, y mordisqueó su cuerpo—. Un animal mítico y volador encaja muy bien contigo.

Ella habría discutido su opinión, pero él lo impidió colocándose sobre ella.

Rodeó su cintura con un brazo y la apretó contra él, besándola profunda e intensamente, hasta que se rindió y le devolvió el beso, con el cuerpo temblando de deseo.

Abruptamente, él finalizó el beso y se alzó. Contempló cómo el pecho de ella subía y bajaba y el aleteo de sus pestañas cuando abrió los ojos para mirarlo.

—Tenemos un elefante aquí, en el armario o interponiéndose entre nosotros —

dijo él, con voz entrecortada—. Antes o después vamos a tener que hablar de ese elefante.

Ella lo contempló un momento, asintió lentamente y después se

arqueó hacia él y capturó su boca de nuevo.

—Prefiero que sea después —dijo.

Jordan pensó que había sido una pequeña victoria conseguir que aceptara, al menos hablar después, Pero cuando empezaron a revolcarse por la cama otra vez, ya no supo si la victoria había sido suya o de ella.

Alexis se despertó con el brillo del sol y el sonido del agua corriendo en el cuarto de baño. Una punzada de pánico recorrió su cuerpo y se incorporó de un salto. Miró el reloj de la mesilla y cerró los ojos con alivio. Sólo eran las ocho y media; no tenía demasiado tiempo, pero sí el suficiente para volver a su habitación, darse una ducha, meter la ropa en la maleta y bajar a recepción, donde un coche del hotel la estaría esperando para llevarla al aeropuerto.

Y no había mejor momento para escapar que mientras Jordan estaba en la ducha.

Sabía que él se enfadaría. Pero esa vez ella no pretendía escapar. Le había prometido que hablarían de lo que él consideraba un «elefante» y lo harían. Sólo necesitaba un poco más de tiempo para pensar, para hacerse a la idea de que él estaba de nuevo en su vida. No sería fácil, sobre todo con él estando en Texas y ella en Nueva York. Pero estaba dispuesta a intentarlo. A dar una oportunidad a la relación.

Pasándose la mano por el pelo se sentó, e hizo una mueca al notar que tenía los músculos doloridos. Levantó los brazos y se estiró para aliviar los dolores y agujetas.

Arqueó una ceja cuando vio que tenía un cardenal en el muslo.

No se quejaba. Suponía que ella también debía haber dejado unos cuantos cardenales en el cuerpo de Jordan.

Sonriendo, echó un vistazo a la cama y pasó la mano por las sábanas revueltas.

La noche anterior había estado convencida de que la mañana llegaría cargada de arrepentimiento. Segura de que acabaría insultándose, llamándose estúpida y otro montón de nombres indicativos de una absoluta carencia de inteligencia.

Le parecía muy extraño que, por más que lo intentaba, no podía reunir ni un ápice de remordimiento. De hecho, darse cuenta de eso la intranquilizaba. Había estado muy segura de haber tomado la decisión correcta al dejar a Jordan. Y en ese momento, allí sentada, en su cama, con el cuerpo aún sensibilizado tras haber hecho el amor con él, y con la mente hecha un torbellino, ya no estaba tan segura.

Pero lo pasado, pasado, pensó con un suspiro, mientras miraba la puerta del cuarto de baño. En ese momento el pasado no era el

problema. El problema era el presente. El allí y ahora.

Independientemente de lo que hubiera ocurrido antes, del tiempo que hubieran pasado separados, sabía que lo amaba. Había intentando negarlo, por supuesto. A él, a ella misma. Pero era la verdad. Lo amaba más que a la vida en sí misma. Siempre lo había hecho y siempre lo haría.

Lo que no estaba claro era que fuese capaz de estar casada con él.

Ésa era la verdadera pregunta que debía hacerse.

Oyó la grave voz de Jordan canturreando bajo el agua y eso la devolvió a la realidad. Miró a su alrededor buscando su ropa y frunció el ceño al no verla.

Sabía exactamente dónde había estado su vestido la noche anterior: en el suelo, junto a la cama, donde Jordan lo había dejado caer tras quitárselo. Del sujetador no estaba tan segura, y el tanga, bueno, sabía a ciencia cierta que no volvería a ponérselo, él se lo había arrancado del cuerpo, rasgándolo. Incluso los zapatos habían desaparecido, aunque recordaba que Jordan los había tirado al suelo, a los pies de la cama, junto a sus zapatos y calcetines.

Envolviéndose en la sábana, se puso a gatas y miró debajo de la cama. Nada.

Pensándolo bien, volvió a mirar a su alrededor; la ropa de él tampoco estaba a la vista. Corrió al armario y abrió la puerta.

Vacío.

Estrechó los ojos y miró la puerta del cuarto de baño. No hacía falta ser un genio para comprender que él se había llevado la ropa de los dos al cuarto de baño.

Con cuidado, giró el pomo.

Había echado el cerrojo.

«¡Maldito seas, Jordan Grant!», aulló para sí.

Se retractó de todas las cosas agradables que había pensado de él esa mañana.

Lo único que deseaba en ese momento era estrangularlo. Él había adivinado que ella intentaría huir, y ése era su juego sucio, su forma traicionera y malvada de retenerla allí mientras él disfrutaba de una de sus duchas de veinte minutos de duración.

Resistió la tentación de dar una patada a la puerta y apretó los dientes. Incluso con su sentido del diseño y del estilo, no podía hacer mucho con una sábana, y la idea de recorrer el pasillo envuelta en una sábana o unas cortinas a rayas marrones era demasiado para su orgullo.

Maldiciendo a Jordan, miró la habitación una vez más. Entonces ladeó la cabeza y sonrió.

Si tanto quería su ropa, perfecto. Dejó caer la sábana al suelo. Podía quedarse con ella.

Capítulo Ocho

—¿Dónde quiere que ponga éstas, señorita Blackhawk?

Alexis alzó la vista de la columna que había estado intentando escribir para el número de enero de *Impressions*, una especie de guía de resoluciones para «librarse de lo viejo y optar por lo nuevo» a la hora de limpiar un armario. El artículo no iba nada bien. De hecho, giró la silla para no tener que mirar el cursor destellando en una página vacía, el artículo no iba en absoluto.

Mary Margaret, la asistente de Alexis, estaba en el umbral con un largo jarrón de rosas blancas y orquídeas amarillo pálido, cuyo color quedaba muy bien con el pelo rubio claro de Mary Margaret. Cuando Mary Margaret entró en la habitación, Alexis se permitió inclinarse hacia delante e inspirar el dulce y delicado aroma de las flores, pero como sabía que las enviaba Jordan, se resistió a tocarlas. Seguía molesta por su estratagema en el hotel tres días antes, y aún no estaba dispuesta a aceptar nada de él. Ni una llamada telefónica, ni flores, ni siquiera la caja de bombones belgas ni la cesta de magdalenas, casi de diseño, que había hecho que le entregaran en el despacho.

«Como si yo fuera a rendirme tan fácilmente sólo a base de flores y dulces», pensó con firmeza. Lo cierto era que el día anterior casi se había rendido, cuando llegó una caja de los más prestigioso bizcochos de chocolate de todo el país. El hombre estaba jugando sucio, pero al menos había tenido la decencia de no firmar ninguna de las tarjetas. Sus colegas de trabajo, sus subordinados, ya tenían bastante combustible para alimentar los rumores que recorrían la oficina.

Olisqueó de nuevo las rosas, sintió que su coraza se resquebrajaba y sacudió los hombros.

—Quédatelas tú —le dijo a su asistente.

—Me encantaría —desde detrás de sus gafas de marco de pasta, Mary Margaret miró el ramo con ojos de adoración—. Pero mi escritorio ya está lleno de flores. Y

también el de Tiffany, el de Scott y el de Sandy.

Alexis miró por el cristal que separaba su despacho de la oficina exterior.

Aquello era un mar de flores. Habían empezado a llegar el lunes por la mañana y no habían dejado de hacerlo, y aunque había habido mucha especulación y drama con respecto a las entregas anónimas, Alexis no había dicho palabra. Por supuesto, eso sólo había creado más drama y especulación. La mayoría pensaban que Matthew y ella habían discutido y roto, o lo contrario, que se habían comprometido. Pero incluso aquéllos que habían tenido el coraje suficiente para

preguntárselo a las claras se habían marchado sin respuesta, y eso les estaba volviendo locos.

Igual que le estaba pasando a ella desde que Jordan había aparecido de nuevo en su vida.

—Entonces tíralas —al ver la expresión de horror en el rostro de Mary Margaret, Alexis puso los ojos en blanco—. Vale, vale. Ponlas en el aseo de señoras.

Su asistente sonrió, complacida con la idea, y empezó a darse la vuelta. De pronto, giró rápidamente, dejó las flores sobre el escritorio de Alexis y sacó un gran sobre acolchado de debajo del brazo.

—Ay, casi me olvido. Esto acaba de llegar para ti, también.

Alexis vio el membrete de Texas, volvió a enfrentarse a la pantalla del ordenador y cuadró los hombros.

—Puedes quedártelo tú.

—Pero ni siquiera sabes lo que es —discutió Mary Margaret—. ¿No sientes curiosidad?

Ella echó un vistazo al sobre marrón. Aceptó que sí, tal vez sintiera cierta curiosidad, aunque no demasiada. Con un suspiro, colocó los dedos en el teclado y simuló que el contenido del paquete no le importaba lo más mínimo.

—Ábrelo tú.

—¿Segura? —los ojos grises de Mary Margaret se iluminaron.

En realidad ella no lo estaba, pero encogió los hombros y empezó a teclear, aunque no escribía nada con sentido, al tiempo que observaba de reojo a su asistente abrir el sobre.

—Es un sujetador sin hombreras —con las cejas enarcadas, Mary Margaret alzó la prenda de encaje negro y la miró—. Talla…

Alexis saltó de su silla y le quitó el sujetador y después el sobre. «Maldito seas, Jordan», pensó.

—Llegada —gritó Tiffany desde la oficina exterior. Se había convertido en el grito de batalla del personal, cada vez que llegaba otro ramo de flores o un paquete dirigido a Alexis.

«¡Ya basta!», gritó Alexis mentalmente, volviendo a meter el sujetador en el sobre y aterrorizada al pensar en qué sería lo siguiente en llegar. Estaba llegando a considerar la posibilidad de volar a Texas sólo para poder pegarle una patada en la espinilla a ese hombre endiablado. Observó un enorme ramo de rosas rosas encaminarse hacia su despacho y decidió tirarlas al suelo y pisotear cada una de ellas hasta que…

Se quedó paralizada cuando el ramo se acercó más, notó que se ponía pálida.

Los hombres altos y musculosos, vestidos con trajes de Armani y

sombreros Stetson de color negro no solían ser repartidores de flores.

A no ser que se llamaran Jordan Grant.

Lo observó encaminarse directamente hacia ella y vio como todo el resto de la oficina lo miraba también, con la mandíbula floja. Si no se le hubieran bloqueado las rodillas, y también el cerebro, habría cerrado la puerta de un portazo y echado el cerrojo.

Aunque una vocecita en el cerebro le decía que agarrase algo, una grapadora estaría bien, y se lo tirara, se negaba a darle a él esa satisfacción y al resto del personal un espectáculo. En vez de eso, inspiró profundamente y esperó a que el hombre que dominaba su corazón entrara en su despacho.

—Señor Grant —ronroneó, con una voz que era la viva imagen de la compostura—. Qué sorpresa.

—Estaba en el vecindario —dejó las rosas sobre un archivador, luego inclinó la cabeza para mirar a Mary Margaret y se tocó el ala del sombrero.

Mary Margaret echó la cabeza hacia atrás lentamente para mirar a Jordan. Se le abrió la boca.

Alexis se resistió a la tentación de poner los ojos en blanco y echar a Jordan de allí. Decidió que el mejor camino a seguir era el de la indiferencia, así que optó por mantener una expresión y un tono desenfadados.

—Mary Margaret Muldoon… —Alexis miró a su asistente—, Jordan Grant.

Jordan sonrió y le ofreció una mano.

—Es un placer, señorita Muldoon.

Mary Margaret no se movió.

Alexis movió la cabeza, casi sintiendo lástima por su asistente. Jordan siempre había tenido ese efecto en las mujeres. Ni siquiera ella había sido inmune a él, como sabía bien.

Y, mirándolo, pensó que seguía sin serlo. Con vaqueros y camiseta podía hacer que el corazón de una mujer se acelerara; con traje y sombrero podía provócale un infarto a cualquiera.

Si a eso se añadía esa deslumbrante sonrisa suya, no había una mujer en el mundo que pudiera resistírsele. Y menos aún las secretarias jóvenes e inexpertas de Katydid, Kansas, pensó Alexis con irritación.

—Mary Margaret —azuzó Alexis.

La asistente miró a Alexis y parpadeó.

—¿Qué?

Alexis alzó una ceja.

—Oh. ¡Oh! —las mejillas de Mary Margaret se pusieron tan rojas

como la chaqueta que llevaba puesta. Miró a Jordan y estrechó su mano—. ¿Cómo está, señor Grant?

—Muy bien, gracias —los dedos de Jordan se cerraron sobre la pequeña mano de la jovencita—. Por favor, llámame Jordan.

El rubor de Mary Margarte se acentuó y descendió cuello abajo.

—¿Puedo darle algo, es decir, quiere usted a alguien, quiero decir algo, o no va…?

—El señor Grant tiene prisa —interrumpió Alexis, con una sonrisa forzada.

—Tengo unos minutos —Jordan soltó la mano de la asistente—. Un café, sólo, estaría muy bien, si no es molestia.

Alexis pensó que sí era molestia. Miró a Jordan con ira, pero no se atrevió a hacer una escena, que todos podrían contemplar.

—Una taza de café sólo marchando —eficiente con E mayúscula, Mary Margaret se puso en acción—. ¿Descafeinado o normal? ¿Un cruasán o una magdalena? Tenemos de arándanos, de semillas de amapola, de plátano y nueces…

—Sólo el café —Alexis fue hacia la puerta del despacho y puso la mano en el pomo.

—De acuerdo —Mary Margaret miró a Jordan de nuevo, y él ofreció una sonrisa aún más deslumbrante. Alexis casi pudo oír el golpeteo del corazón de la otra mujer contra las costillas—. Ahora mismo.

Cuando su asistente salió presurosa del despacho, Alexis cerró la puerta con calma y se enfrentó a Jordan.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—Si estás ocupada, no te preocupes por mí —se sentó al borde del escritorio y echó un vistazo al sobre que ella aún tenía en la mano—. Veo que recibiste mi paquete.

—Lo recibí —se planteó tirarlo en la papelera, para demostrar su opinión al respecto, pero por mucho dinero que tuviera en ese momento, demasiados años de escasez habían instigado en ella un sentido de prudencia financiera. Era un sujetador muy caro—. Faltan un par de cosas.

—No faltan. Sé exactamente dónde están. De hecho —sonrió—, en este momento tengo a mi favorita cerca del corazón.

Alexis soltó el aire de repente, al comprender que sólo había dejado en la habitación una prenda lo bastante pequeña para que cupiera en el bolsillo de su chaqueta.

—¡No habrás sido capaz!

—¿Te gustaría recuperarla? —él se llevó la mano al interior de la solapa.

—¡No! —extendió una memo para detenerlo y se dio cuenta de lo alto que había dicho la palabra, y de lo estrechas que eran las paredes de su oficina.

Miró por encima del hombro y todas las cabezas de la oficina exterior volvieron rápidamente al trabajo. Entrecerró los ojos y miró a Jordan.

—Esto no tiene ninguna gracia.

—Claro que la tiene —sacó la mano del interior de la chaqueta, vacía, y cruzó los brazos con toda tranquilidad—. Todo depende de dónde esté uno sentado.

—Te estás sentado en mi escritorio —tiró el sobre a su lado—. ¿Qué voy a tener que hacer para conseguir que te marches?

—Ésa es una pregunta peligrosa —él enarcó una ceja con ironía.

—Jordan Grant… —Alexis tragó aire entre dientes—, que Dios me ayude, voy a…

—Me iré si haces dos cosas —interrumpió él—. Una, decirme cómo volviste a tu habitación sin ropa.

La sorprendió al hacer una petición tan sencilla, y se apresuró a satisfacerla.

—Había visillos detrás de las cortinas. Los descolgué, hice una especie de túnica, y luego le entregué una buena propina a la camarera para que los devolviera a tu habitación cuando te marcharas. ¿Cuál es la segunda?

—Siempre fuiste muy lista —rió él.

—¿Cuál es la segunda? —insistió ella.

—Cenar conmigo.

—¿Cenar?

—Sí, cenar. Tú y yo —una esquina de su boca se curvó hacia arriba —. Estoy pidiéndote una cita, Allie. Ya sabes, cenar en un restaurante.

Una cita. Se preguntó por qué eso hacía que se le acelerara el pulso. Habían dormido juntos, incluso habían estado casados. No entendía que de repente una cita le pareciera algo tan íntimo.

—Tengo una reunión.

—Cancélala.

—No puedo.

—Entonces esperaré.

Ella vio la determinación de sus ojos, su necesidad, y su pulso pasó de errático a desbocarse como un caballo de carreras. Cerró los ojos y tomó una profunda bocanada de aire, esperando que le diera fuerzas.

—No puedes entrar aquí a la fuerza, sin más, Jordan, y esperar que lo deje todo por ti.

—No espero que dejes nada, y tampoco he entrado a la fuerza —

dijo él con voz queda y mirada sombría—. He esperado ocho años, Allie. Ocho largos años.

Ella sintió que su resolución empezaba a flaquear. Era cierto que habían sido ocho largos años, aunque nunca lo había admitido, ni siquiera para sí misma. Su instinto de conservación le dijo que pusiera fin a todo en ese momento, que escapara, pero ya había hecho eso una vez y sólo la había conducido a un sitio.

De vuelta a Jordan.

No se le ocurría ni un lugar ni un momento peor para estar manteniendo esa conversación. En cualquier instante, Mary Margaret volvería a entrar, y además, la oficina al completo estaba observándolos, conteniendo la respiración.

De repente, todo eso dejó de importar. Su mirada se encontró con la de Jordan y el resto del mundo desapareció. Ocho años.

Si había alguna posibilidad de que ellos dos tuvieran un futuro juntos, por nimia que fuera, tenía que saberlo.

—¿Por qué? —preguntó con suavidad—. ¿Por qué esperaste?

—Por orgullo al principio —admitió él—. Y enfado. Mi idea del matrimonio era una esposa en casa, hijos. Necesitaba saber que tú harías eso por mí, por nuestros hijos.

—Lo exigiste —replicó ella, moviendo la cabeza.

—Supongo que sí —encogió los hombros—. Tenía que aprender a ser paciente, Allie. Ocho años sin ti me enseñaron eso.

—¿Y los documentos de la anulación? —se odió a sí misma al notar que le temblaban las manos—. ¿Por qué no los firmaste?

—No podía firmar algo que dijera que nunca había habido nada entre nosotros, que nunca fuiste mi esposa —se levantó y se acercó a ella—. Lo fuiste y lo eres.

Ella dio un paso atrás, no podía pensar con él tan cerca, diciendo esas cosas.

—¿Qué es lo que ha cambiado? —musitó—. Seguimos siendo las mismas personas. Queremos cosas distintas.

—Yo te quiero a ti, Allie —se inclinó y acercó la boca a su oreja—. Quiero a mi mujer.

—Aquí estamos —Mary Margaret entró alegremente, con una taza de café solo y una cesta con magdalenas—. No sabía qué traer, así que…

La asistente se detuvo, captó la expresión de Alexis, después miró a Jordan y tragó saliva.

—Yo, ejem, dejaré esto encima del escritorio.

Cuando Mary Margaret salió corriendo y cerró la puerta a su espalda, Alexis soltó el aire que había estado conteniendo, sin saber si

le apetecía llorar o reírse. O las dos cosas.

Como si eso pudiera proteger su corazón, cruzó los brazos frente al pecho y miró al suelo, odiándose por ser tan débil.

—Procuraré que la reunión termine temprano.

Jordan ante la ventana de su habitación en el ático del hotel, miró los destellos de las luces en Times Square, que estaba justo debajo. Aunque no le importaba hacer negocios allí, o incluso hacer turismo de vez en cuando, no entendía ese tipo de vida, ese frenético flujo ininterrumpido de gente y tráfico. Estaba acostumbrado a vivir en casas de más de quinientos metros cuadrados, rodeadas por kilómetros de terreno.

Un hombre necesitaba espacio. Sitio para respirar.

Echó un vistazo al reloj y decidió que tenía el tiempo justo para hacer una llamada rápida a su secretaria, antes de salir para reunirse con Alexis en el restaurante. Había hecho una reserva en el exclusivo Furbeir, y había enviado una limusina cargada de Champán Dom Pérignon y ocho ramos de rojas rosas para que la recogiera en la oficina. *Un ramo por cada año que hemos estado separados*, había escrito en la tarjeta.

Sonrió al recordar la expresión de su rostro cuando había entrado en su despacho esa tarde. Por debajo de toda su indignación y protestas, había captado el placer de sus ojos, había visto cómo se ablandaba cuando le dijo que la quería. Ni siquiera había discutido con él cuando le había dicho que era su esposa.

Era un principio. Un buen principio. Esa noche, costara lo que costara, la oiría decir esas mismas palabras.

Se dio la vuelta al oír que llamaban a la puerta; sabía que era hora de que llegara el turno de servicio que abría la cama, una cama que pensaba compartir con Alexis. Si no esa noche, la siguiente, o la de después. Esperaría el tiempo que hiciera falta hasta conseguir que admitiera que habían nacido para estar juntos.

Al menos esa vez, si escapaba por la mañana, no tendría que subirse en un avión para perseguirla.

Ya se la imaginaba tumbada en esa enorme cama, extendiendo los brazos hacia él, diciendo su nombre. Con esos fieros ojos azules nublados por la pasión.

Cuando abrió la puerta y se encontró con esos fieros ojos azules clavados en los suyos, sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Tardó un segundo en comprender que realmente era Alexis quien estaba ante él.

Había cambiado el traje ejecutivo color negro que había llevado esa tarde por un vestido de punto color borgoña, de manga larga. El

cuello era caído y el bajo acariciaba sus rodillas. Se le secó la garganta al verla, y más aún cuando se fijó en los zapatos negros de tacón de aguja y en la esclava de plata que adornaba su tobillo; entonces se le desbocó el corazón.

Ella tenía una botella de Champán abierta en una mano, y dos copas en la otra.

De un enorme bolso negro que llevaba colgado del hombro, sobresalía un trocito de seda rosa. Si no se equivocaba, era lencería, y deseaba tanto vérsela puesta como deseaba quitársela.

—No me apetecía salir —dijo ella, con la voz tan espesa como la mirada de sus ojos—. Espero que no te importe.

Pasó junto a él, y su perfume le hizo pensar en flores nocturnas y magia y en todo lo que era Alexis. La observó caminar desde el vestíbulo al bar y se olvidó de respirar cuando ella se sentó en un taburete y cruzó esas largas y mortales piernas que tenía. Cuando el vestido ascendió varios centímetros, muslo arriba, toda la sangre de la parte superior de su cuerpo bajó a concentrarse en la zona sur.

Cerró la puerta.

Nunca llegaba a conseguir lo que pretendía con esa mujer. Siempre que pensaba que tenía la situación y sus sentimientos bajo control, ella le lanzaba un tiro con efecto. Y la mujer era experta en lanzar ese tipo de tiros, pensó, mientras recorría su cuerpo con la mirada.

Ella sirvió dos copas de Champán y le ofreció una. Él dio un paso hacia ella y aceptó la copa.

—¿Estamos de celebración?

Alexis frunció los ojos, pensativamente, y después negó con la cabeza.

—Es más bien una suspensión de hostilidades.

Él chocó su copa con la suya en un brindis. Estaba dispuesto a aceptar lo que ella le ofreciera, aunque quería más, mucho más.

Pero ya había esperado ocho años y era razonable hacerse a la idea de que podía esperar unos días más.

—Debería estar enfadada contigo —Alexis tomó un sorbo de Champán—. La oficina se quedó tan revolucionada cuando te marchaste que nadie era capaz de concentrarse. Tuve que cancelar nuestra reunión.

—Te diría que lo siento… —dijo él, pensando que lo que le apetecía en ese momento era probar las burbujas que aún cosquillearían en su boca—. Pero sería una mentira.

—La sinceridad es buena —aceptó ella, asintiendo con la cabeza—. Es una base sólida para una relación.

—¿Es eso lo que tenemos tú y yo? —dejó la copa en la barra y se

acercó más a ella—. ¿Una relación?

—Aún no sé lo que tenemos —absorta, miró su copa un momento —. Todo va muy deprisa con nosotros, Jordan. Hace ocho años. Ahora. No puedo recuperar el aliento cuando estoy contigo. No puedo pensar.

Él le quitó la copa de la mano, la dejó a un lado e inclinó la cabeza hacia ella.

—No quiero que lo hagas.

—Me asusta saber que tienes esa clase de poder sobre mí —puso la palma de una mano en su pecho, para detenerlo.

—¿Por eso me dejaste? —preguntó él con voz queda—. ¿Porque te asustaba?

Ella asintió lentamente.

—Eras mayor que yo, con más experiencia. Rico. Me excitabas y me aterrorizabas al mismo tiempo.

—Allie…

—Sinceridad —lo miró con fijeza—. Atrévete a mirarme a los ojos y a decirme que no querías que todo fuera a tu manera. Dime que no querías manipular nuestro matrimonio y luego esperar que sonriera y asintiera como si fuera una de esas mujeres con la cabeza a pájaros, que se casan con hombres ricos.

La reacción instintiva de él fue negarlo, pero colocó una mano sobre la suya y acarició sus nudillos con el pulgar.

—Eso era entonces —dijo—. Esto es ahora. Los dos somos mayores, tenemos éxito en los negocios, y el dinero no es ningún problema.

—No —ella sonrió—. Esa parte es cierta.

—No somos las mismas personas, Alexis —tomó su barbilla en la mano y vio cómo el azul de sus ojos de suavizaba—. Podemos empezar otra vez; tomarnos cada día como venga. Ya decidiremos los detalles, según avancemos.

—Quiero creer eso —musitó ella—. Quiero creerte.

—Cree esto.

Inclinó la boca hacia la suya y la besó suavemente, tomándose su tiempo para saborear el Champán que aún humedecía sus labios. Sintió cómo su resistencia se derrumbaba, supo que, por fin, había atravesado el muro que ella había construido a su alrededor para protegerse de él. Le costó toda su fuerza de voluntad no apresurarla, no hacerle aceptar en ese mismo momento que se pertenecían el uno al otro. Que ella era suya.

Deslizó las manos por sus hombros e inclinó la boca sobre la suya, profundizando el beso y explorando su sabor a conciencia. Con un suave gemido, ella se abrió a él, introdujo las manos dentro de su

chaqueta, acrecentando y removiendo la necesidad y el deseo que ya lo dominaban.

—Me gustas con corbata —estiró el brazo, agarró la tira de seda roja y lo atrajo hacia ella—. Todas las mujeres de mi oficina te buscaron en Internet esta tarde, después de que te marcharas.

—¿En serio? —encontró un sabroso rinconcito en la esquina de sus labios y lo mordisqueó.

—Incluso pillé a Mary Margaret haciendo una búsqueda sobre ti —murmuró Alexis, mientras le soltaba el nudo de la corbata—. Creo que quiere ser la madre de tus hijos.

Él sonrió al oír eso y bajó la mano para acariciar uno de sus senos. Notó cómo ella se estremecía con el contacto.

—¿Qué me dices de ti, Allie? —preguntó—. ¿Quieres tener hijos míos?

Los dedos de ella se quedaron quietos un momento, después tiró de la corbata y se la quitó.

—Tal vez. Por ahora, aún estoy decidiendo si te quiero a ti.

—Claro que sí —recorrió su mandíbula con besos, y se detuvo en el punto que tenía bajo la oreja que siempre conseguía provocar un gemido—. Dime que es así.

—Sí —dejó caer la corbata al suelo. Tomó aire y echó la cabeza hacia atrás—.

Así es.

Él deslizó las manos hasta sus rodillas y después volvió a subir, por debajo de su vestido, acariciando sus firmes y suaves muslos. La imagen que se había hecho de ella sobre su cama, desnuda, estirando los brazos hacia él, le estalló en el cerebro. La deseaba allí. Allí mismo. En el taburete, en el suelo. Donde fuera, siempre que fuera de inmediato. Cuando ella se echó hacia atrás y se apoyó en la barra, ofreciéndose, casi perdió el control. La necesidad de poseerla era como una llamarada que recorría sus venas, y martilleaba en su corazón, en su pecho, en su cabeza. Se llevó la mano a la hebilla del pantalón y entonces comprendió que parte del martilleo procedía de la puerta.

Juró entre dientes, furioso por la interrupción, pero comprendiendo que era mejor que hubiera ocurrido en ese momento que cinco minutos después.

—Debe ser el servicio de habitaciones —jadeó—. No te muevas.

Se pasó una mano por el pelo, fue hacia la puerta y la abrió. El corazón se le paró de golpe al ver quién estaba allí.

Alta, rubia, el rostro y el cuerpo de las portadas de todas las revistas: Phoebe Jansen.

No era el momento. Dios era el peor momento posible.

—Hola, Jordan —vestida con un traje pantalón negro, de Versace, Phoebe pasó a su lado y entró—. Siento no haber telefoneado antes de venir. Acabo de tomar unas copas con Eve. Me está acosando para que acepte ese papel del que te hablé.

—Phoebe… —Jordan evitó mirar a Alexis—, éste no es buen momento.

—No te preocupes, guapo. No voy a quedarme —sonriente, Phoebe se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla—. Es la primera ocasión que he tenido para agradecerte que concertaras la entrevista con Matthew. Si hubiera sabido lo fantástico que es ese tipo, lo habría hecho sin que tú me lo pidieras.

«Sólo falta que alguien me clave el tenedor», pensó Jordan. Sabía que había sido asado y estaba a punto de ser devorado; sentía el calor que llegaba desde el bar, estaba en la parrilla y quemándose. Puso una mano en el hombro de Phoebe y la llevó de nuevo hacia la puerta.

—Ya hablaremos después, Phoebe.

—Lo digo en serio, Jordan —Phoebe se apartó de él—. Me gusta mucho ese tipo. Estoy pensando que tal vez tenga una aventura con él.

Jordan no sabía si las cosas podían empeorar aún más, pero cuando Alexis apareció en el vestíbulo, sospechó que no sólo podían, sino que estaban a punto de hacerlo.

Phoebe arqueó una ceja al ver a la otra mujer y después miró a Jordan con expresión compungida.

—Perdona. No imaginaba que tuvieras compañía. Creo que será mejor…

—¿Estabas hablando de Matthew Langley? —preguntó Alexis, con voz fría y tranquila.

—¿Lo conoces? —preocupada, Phoebe miró a Alexis—. Porque bromeaba cuando dije lo de la aventura. Es decir, acabo de conocerlo. Jordan me pidió que hiciera la entrevista, así que lo hice como un favor. Entre amigos.

—Jordan y tú sois amigos —Alexis lanzó a Jordan una mirada gélida—. Nunca lo había mencionado.

—Es todo lo que somos —malinterpretando el tono helado de Alexis como un ataque de celos, Phoebe hizo cuanto pudo para tranquilizar a la otra mujer—. En serio. Sólo amigos.

—¿Y fue Jordan quien organizó la entrevista con Matthew? —las palabras de Alexis sonaron tan duras como carámbanos de hielo—. ¿Esa entrevista que tuvo que celebrarse el jueves pasado, la inesperada exclusiva de dos horas, que se concertó en el último momento?

Phoebe miró con nerviosismo de Alexis a Jordan, sin saber qué decir.

—Será mejor que me vaya.

—No —Alexis se colgó el bolso del hombro—. La que se va soy yo.

Jordan reconoció la mirada en los ojos de Alexis, la dureza de su mandíbula.

Sabía que no había absolutamente nada que pudiera decirle en ese momento, nada que ella fuera a escuchar u oír siquiera. Aparte de atarla, y se planteó seriamente esa posibilidad durante un segundo, no había forma humana de conseguir que se quedara con él, en la habitación.

Antes de salir, ella se detuvo ante él, estrechó los ojos y lo miró con fijeza.

—Firma los documentos, Jordan.

Se dio la vuelta y él con los nudillos blancos de tensión y el estómago atenazado por la frustración, contempló cómo salía por la puerta; de la habitación y de su vida.

Capítulo Nueve

Con los músculos tensados al máximo y los brazos temblorosos, Jordan, tumbado de espaldas, se obligó a iniciar una nueva serie de levantamiento de pesas.

Los ocho kilos de peso extra que había añadido esa última semana habían fortalecido su cuerpo, pero habían hecho poco para tranquilizar su mente. El fiero deseo de derramar la sangre de alguien le atenazaba como un puño.

Cuando perdió la cuenta, soltó una palabrota y empezó de nuevo.

Nueva York había sido un fiasco.

Hacía siete días, casi había convencido a Alexis de que debían estar juntos.

Había estado muy cerca de conseguirlo. Incluso había hecho que se planteara la idea de tener bebés, por Dios santo. Y en un parpadeo, todo había desaparecido como humo en el viento. Alexis, matrimonio, hijos. Todo aquello que él deseaba.

Sólo pensar en eso lo llevó a obligarse a hacer otra serie de pesas, en su empeño por librarse de la imagen de su partida a base de sudor.

Phoebe se había sentido fatal por haber llegado en un momento tan inoportuno; también se había sentido mortificada por haber sugerido la posibilidad de tener una aventura con el hombre en cuestión. Se había ofrecido a hablar con Alexis, pero Jordan le había quitado la idea de la cabeza. No veía que pudiera salir nada positivo de que esas dos mujeres se sentaran a charlar. Tal y como estaban las cosas, lo más probable era que Alexis no volviera a dirigirle la palabra en su vida. Sobre todo después de su conversación sobre la «sinceridad».

Habría acabado contándole lo de Matthew, y la entrevista, claro que sí. En algún momento. En realidad no había sido algo deshonesto. Ella no tenía ninguna necesidad de saber que había sido él quien había conseguido la entrevista entre Matthew y Phoebe. A Phoebe no le había importado lo más mínimo hacerle un favor a un viejo amigo. Además, tampoco era una cosa tan mala. Gruñendo, volvió a levantar la barra de pesas. Matthew había conseguido una entrevista fantástica con la estrella de cine más popular de Hollywood. Diablos, le había hecho un favor al tipo.

Resollando, Jordan bajó la barra, se sentó en el banco y miró su reflejo en los espejos que lo rodeaban. El sudor corría por su rostro y su espalda, tenía la camiseta empapada. Hacía cuatro días que no se afeitaba, y llevaba un par sin pasarse un peine por el cabello.

Hizo una mueca de desagrado. Lo cierto era que le importaba bien

poco.

—Tienes un aspecto terrible.

Jordan alzó la vista y, con una mueca de enfado, atrapó la toalla que Trey le lanzó.

—Estoy ocupado.

—¿Así es que como los chicos de la ciudad evitáis reblandeceros? —echando su sombrero hacia atrás, Trey echó un vistazo al bien equipado gimnasio.

—¿Quieres mover algo aparte de la mandíbula, Blackhawk? —Jordan se colgó la toalla del cuello—. Te reto a levantar cien kilos.

—Bah, levanto terneras que pesan más que eso —Trey levantó una barra de treinta kilos y la retorció con tanta facilidad como si fuera un trozo de goma espuma

—. Hablando de eso, tengo cincuenta cabezas que puedes quitarme de las manos, a precio de ganga, si quieres. Es decir, si alguna vez tienes intención de ser dueño de un rancho de verdad.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —la mano de Jordan apretó la toalla.

—La mayoría de los rancheros con tierra tan buena como ésta, tienen algún tipo de ganado. Ya sabes, caballos, vacas —Trey volvió a retorcer la barra en un solo movimiento—. A no ser que tú tengas la intención de cultivar heno.

—¿Tienes alguna otra razón para venir hasta aquí, que sea mejor que la de molestarme? —preguntó Jordan, irritado.

—Sí —Trey dejó la barra, fue hacia el saco de arena y lo golpeó un par de veces

—. Lo de molestarte sólo es un extra.

—Diablos, Trey, no estoy de humor.

—Sugiero que te pongas de humor —Trey lanzó un sólido puñetazo directo al centro del saco de arena—. Lisa Jefferies y Sue Ann Potter vienen hacia aquí, nos traen la cena.

—¿Qué? —Jordan alzó la cabeza.

—Lisa llamó y me invitó a una cena para darte la bienvenida de vuelta a Stone Ridge. Llegarán a las siete.

Blasfemando, Jordan descolgó su reloj del gancho en el que lo había colgado.

Eran las seis y media.

—¿Por qué cuernos no me has llamado?

—Lo he hecho —Trey bailó sobre los pies, simuló un gancho de izquierda y lo cortó con un golpe con la derecha—. Deberías contestar el teléfono.

Tras recibir seis llamadas de su oficina de Dallas, cuatro de la

refinería de Midland y dos de su contable, Jordan había desconectado la línea fija y apagado su teléfono móvil.

—Entretenlas tú —dijo, negando con la cabeza—. Yo estoy ocupado.

—¿Haciendo qué? —Trey dio otro puñetazo al saco—. ¿Firmando los documentos de la anulación de la boda con mi hermana?

Jordan se quedó quieto y después miró lentamente a Trey.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído.

—¿Te lo ha contado ella?

—¿Alexis contarme algo? —Trey lanzó un derechazo al saco—. Cielos, no.

Jordan se sintió como si el puñetazo de Trey le hubiera dado en la boca del estómago.

—Entonces ¿cómo…? ¿cuándo has…?

—Siempre lo he sabido —Trey se estiró, soltó los puños y sacudió los hombros

—. Lo supe el verano que empezó todo, la boda en Las Vegas, incluso lo de la anulación. La única razón por la que dejé que ocurriera sin decir nada fue porque se trataba de ti. Cualquier otro aún estaría sacándose los trozos de dientes de la garganta.

—¿Por qué no dijiste nada? —Jordan miró a Trey—. Todos estos años, ¿y ni una sola palabra?

—Podría decir lo mismo de ti —Trey clavó en Jordan una mirada oscura y seria

—. Y si pensara por un segundo, que tenías intención de hacerle daño, amigo o no, te tumbaría de un golpe.

—Supongo que podrías intentarlo —aceptó Jordan, y aunque no le gustaba nada, comprendía los motivos de Trey—. Pero ahora ya no importa. Ni siquiera acepta hablar conmigo.

—¿Por lo de la entrevista de Phoebe Jansen?

Atónito, Jordan lo miró boquiabierto.

—¿Cómo demonios te has enterado de eso?

—Eso me lo imaginé yo sólito —Trey cruzó los brazos y se apoyó en una cinta andadora—. Sabía que habías salido con Phoebe hace unos años, justo antes de que se hiciera famosa. Dudé mucho que fuera una coincidencia que Matthew tuviera que marcharse para hacerle una entrevista justo antes de la boda. Adivino que Alexis lo descubrió cuando estabas en Nueva York.

—Es mi esposa, por Dios santo —Jordan se pasó las manos por el pelo húmedo

—. De ninguna manera voy a mirar hacia el otro lado cuando hace

manitas con otro tipo.

—Miraste hacia otro lado durante ocho años —apuntó Trey.

—No —Jordan negó con la cabeza y dejó escapar una bocanada de aire—. Dios, me matará si lo descubre, pero siempre he sabido lo que estaba haciendo, he estado atento a con quien salía. Matthew es el primer tipo que me pareció que podía ser peligroso.

—Así que decidiste que era hora de convencer a Alexis de que tenía que recuperar el sentido común y vivir contigo, ¿es eso? —Trey alzó una ceja—. Amigo, me habría encantado ver la expresión de su rostro cuando le dijiste que seguíais casados. ¿Te pegó?

—Me empujó y me tiró al lago —admitió Jordan con desgana.

—Ésa es Alexis —dijo Trey, asintiendo con la cabeza—. Nunca hubo manera de dominarla. Siempre hacía lo contrario de lo que yo quería, sólo para demostrar que podía hacerlo. La noche que William Blackhawk hizo las maletas para abandonarnos, le dije que se quedara en el piso de arriba. Sólo tenía ocho años pero, ¿crees que me hizo caso? Diablos, no, claro que no.

Ningún miembro de la familia Blackhawk había comentado nunca lo que había ocurrido, lo que había ocurrido realmente la noche que William Blackhawk se marchó. Un músculo se tensó en la mandíbula de Trey, y sus ojos oscuros se entrecerraron, fijos en su reflejo en el espejo.

—Mi madre estaba histérica —dijo Trey—. Suplicándole a mi padre que no se marchara. A mí no me importaba en absoluto, lo odiaba. Kiera era demasiado pequeña para entender lo que ocurría, ni siquiera lo recuerda, pero estaba llorando, así que Alaina la tenía en brazos, consolándola. Alexis se limitaba a andar de un lado para otro, repitiendo que nuestro padre no iba a marcharse para no volver. Decía que los papás no hacían esas cosas.

A Jordan no le resultó difícil imaginarse a Alexis a los ocho años, con la barbilla levantada y la espalda recta, convencida de que sólo con su fuerza de voluntad conseguiría que el mundo fuera exactamente como ella quería que fuera. Era esa fiera resolución y esa absoluta confianza en sí misma lo que le habían atraído de ella en primer lugar.

—Debería haber sabido que no se quedaría quieta. Alexis nunca escuchaba a nadie —los ojos de Trey se convirtieron en dos piedras negras—. Fue culpa mía, lo que le ocurrió.

—¿Qué ocurrió? —Jordan apretó las manos contra la toalla.

—Cuando los gritos subieron de volumen, bajé las escaleras —continuó Trey—.

Encontré a mi madre acurrucada en un rincón del despacho de

William, mientras él terminaba de vaciar su escritorio. Me dijo que me fuera y me negué. Nos habríamos pegado allí mismo, pero Alexis entró en la habitación como un vendaval. Antes de que pudiera detenerla, se lanzó contra William y se agarró a su pierna, suplicándole que no se marchara, diciéndole que sería buena si se quedaba y que le haría caso y cumpliría con todas sus tareas. Él se la sacudió de encima como si fuera un trozo de pelusa.

Jordan tuvo la sensación de que alguien le estrujaba el corazón con un puño y no pudo evitar pensar que si William Blackhawk siguiera vivo, desearía matarlo él mismo.

—Conseguí lanzarle un puñetazo —dijo Trey, con satisfacción y odio brillando a la vez en sus ojos—. Pero sólo tenía catorce años y él era un hombre grande. Me tumbó de un golpe y se marchó.

Jordan soltó una palabrota.

—Ella nunca me dijo nada. Ni una palabra.

—Mi madre no es la única que vive en un estado de negación —Trey hizo girar un hombro, después suspiró y se estiró—. Más te valdría firmar esos documentos y acabar con esto, Jordan. Eso es lo que Alexis quiere, así que deberías concedérselo.

—¿Qué forma de hablar es ésa? —los ojos de Jordan chispearon coléricos—. Es mi esposa.

—Ella no parece pensar lo mismo —Trey encogió los hombros—. Una vez que esa chica toma una decisión, no hay forma de hacer que cambie de opinión. ¿Por qué no vas a darte una ducha y pasamos una velada agradable con Lisa y Sue Ann?

—¿Por qué no te callas? —Jordan le tiró la toalla y se dio la vuelta —. Déjalo ya, cállate de una vez, Trey, y sal de mi casa.

—Eh —gritó Trey cuando Jordan salió a zancadas del gimnasio—. ¿Y qué pasa con Lisa y Sue Ann?

—No es problema mío —le gritó Jordan por encima del hombro, encaminándose hacia la ducha.

En ese momento tenía un problema mucho más grande y más importante al que enfrentarse.

A mitad de camino a casa, empezó a llover.

A Alexis no le importó. El paseo desde su oficina al nuevo apartamento era de unos siete bloques, y después de doce horas sentada ante el ordenador, le gustaba estirar las piernas y despejarse la cabeza. Era más una llovizna que lluvia de verdad, justo lo suficiente para humedecer las calles y refrescar el aire. El otoño había hecho acto de presencia en Nueva York esos últimos días, pero a nadie parecía importarle el frescor del aire. Los corredores seguían corriendo por el parque en camiseta, las niñeras empujaban cochecitos de bebé y

los vendedores anunciaban sus productos.

El mundo no se detenía sólo por un corazón roto.

Exteriormente, Alexis suponía que tenía el mismo aspecto que cualquier otro neoyorquino regresando a casa del trabajo. Se movía con el flujo de la gente en las aceras, con la vista al frente y el rostro inexpresivo. Por fuera daba la impresión de saber exactamente adonde se dirigía y lo que haría una vez se encontrara allí.

Por dentro se sentía como un cristal roto. Cada respiración, cada latido de su corazón la cortaba con un dolor más agudo, más profundo.

No había resultado fácil mantener las apariencias durante la última semana.

Había visto las miradas curiosas, había oído los susurros. En la oficina había sabuesos, lobos, que olían la debilidad y que saltaban para aprovecharse a la primera oportunidad. Ella había trabajado mucho para llegar donde estaba, para ganarse el respeto de sus colegas. Dejarse ver por la oficina gimoteando, llorosa y deprimida por un hombre, era más que una debilidad, era patético.

Prefería la intimidad de su propia casa, con las luces apagadas y metida bajo las sábanas, para llorar hasta cansarse.

Durante todos esos años se había convencido a sí misma de que no encajaban juntos, de que eran completamente erróneos el uno para el otro, de que el abismo que los separaba era demasiado ancho y profundo. Al principio había estado enfadada, indignada, y esos sentimientos la habían ayudado a mantener la cordura. La habían salvado de volver corriendo a sus brazos y renunciar a todo aquello con lo que siempre había soñado.

Se detuvo al otro lado de la calle donde estaba su piso y miró el elaborado toldo verde bosque, el portero uniformado, las elegantes puertas de cristal. Por fin, se había instalado hacía cuatro días. Ciento cincuenta metros cuadrados con vistas a Central Park. Baños de mármol, encimeras de granito en la cocina, techos de tres metros y medio de altura y dos chimeneas. Aún no había abierto ni una caja, no había colgado su ropa ni puesto sábanas en la cama.

Su enorme y vacía cama.

La gente mataría por tener todo lo que tenía ella. El trabajo, la casa, el dinero.

Debería estar bailando de alegría, corriendo por el parque, dando saltos en las fuentes. No entendía por qué estaba allí parada en la acera, bajo la lluvia, sintiéndose tan total y absolutamente sola.

Tan total y absolutamente triste.

Era porque lo amaba. Lo amaba, diablos. Más que a la propia vida.

Más que a cada dolorosa inspiración y que a cada latido de su corazón, lo amaba a él.

Contempló las gotas de lluvia deslizarse por su abrigo negro de cachemira, oyó los coches pasar y el ruido de la música de una radio oculta a la vista. Sólo necesitaba cruzar la calle. Poner un pie delante del otro y caminar. Seguir moviéndose. Pero de repente le parecía muy difícil.

La gente pasaba a su lado, rodeándola. Un hombre arrastrando a tres perros con correa. Dos adolescentes hablando, no el uno con el otro, sino cada uno con su teléfono móvil. Un hombre de negocios que intentaba parar un taxi. Rutinas diarias.

Todo el mundo seguía adelante con sus actividades ordinarias, comunes y mundanas.

Y ella, en cambio, era incapaz de obligarse a recorrer los diez metros que la separaban de la entrada a su piso.

La lluvia empezó a caer con más fuerza, pero no le importó. Cerró los ojos y fue a sentarse a un banco, afuera del parque. Una voz interna le decía que fuera a casa, pero ella le ordenó que se callara.

Ya no quería razonar. No quería dejarse llevar por la lógica.

Quería a Jordan.

No quería quererlo. Pero lo quería.

Se había negado a firmar los documentos de la anulación, había creado el caos en su oficina, había utilizado a Phoebe para quitar a Matthew de en medio. Y, aun así, lo quería.

Sinceridad, se dijo con un suspiro. Por fin estaba siendo sincera consigo misma.

Desde el parque, oyó a niños reír, los gritos de una madre advirtiendo que no pisaran los charcos y, seguidamente, el chapoteó de piececitos en el agua. Se volvió hacia el sonido y abrió los ojos. Casi sonrió al ver a los cuatro niños saltando en un charco de agua.

—¿Te importa si comparto tu banco?

Cuando se dio la vuelta, el corazón le dio un bote.

Jordan.

Parpadeó, temiendo haberse vuelto loca de verdad, y que su imaginación le estuviera gastando una mala pasada. Estuvo a punto de extender el brazo para tocarlo y asegurarse de que no era un sueño.

Cuando se sentó a su lado y la miró, ya no necesitó tocarlo para saber que era real. Era Jordan, no había duda. Le dio la impresión de que parecía un poco cansado, y notó la tensión que arrugaba las esquinas de sus ojos verde profundo.

Estaba guapísimo.

Aún estaba intentando recuperar la voz cuando el volvió a hablar.

—He firmado los documentos hoy y los he presentado, Allie —dijo con voz queda—. Mañana por la mañana dejarás de ser una mujer casada.

Su corazón, los pedacitos que quedaban de él, parecieron caer al suelo. Lo miró fijamente. Lo había hecho. Lo había hecho de verdad. ¿No era eso lo que ella había querido? ¿Lo que le había pedido que hiciera? ¿Eso en lo que tanto había insistido?

«Ten cuidado con lo que desees porque podría…» Las palabras destellaron en su mente, rebotando como las bolas metálicas de una máquina de petanca. Ya tenía todo aquello cuanto había deseado y comprendía que no era eso lo que había querido, en absoluto.

Por primera vez en su vida, comprendió lo que había sentido su madre. Por qué se había vuelto loca. El amor podía hacerle eso a una persona. Alexis pensó que en ese momento se lo estaba haciendo a ella.

Pero no se derrumbaría allí. No delante de Jordan ni del resto del mundo. Aún le quedaba su orgullo, aunque sólo fuera un hilito, y pensaba aferrarse a él con todas sus fuerzas. Sólo tenía que ponerse de pie, decir adiós y cruzar los diez metros de calle que la separaban de su grande y bonito piso.

Y lo haría. En cuanto pasara un minuto y estuviera segura de que sus rodillas soportarían su peso.

Tragó saliva y alzó la barbilla.

—No hacía falta que vinieras hasta Nueva York para decirme eso.

—Algunas cosas hace falta decirlas en persona —respondió él, encogiendo los hombros.

—Qué amable de tu parte —consiguió ponerse de pie, obligó a las esquinas de su boca a curvarse hacia arriba y se esforzó por expresar un cierto descaro—. Tal vez podamos ser amigos, Jordan, ahora que ya no estamos casados.

Él, sin dejar de mirarla a los ojos, movió la cabeza negativamente.

—No lo creo.

Ella no había creído posible sentir más dolor del que estaba sintiendo. Pero, una vez más, se había equivocado. Rezó para que la humedad que sentía en la cara fuera debida a la lluvia.

—De acuerdo —asintió con rigidez y se dio la vuelta—. Ya nos veremos, entonces.

—Una cosa más, Allie.

Ella no estaba segura de poder soportar una cosa más sin desmoronarse, pero titubeó y lo miró por encima del hombro. Él se levantó del banco y salvó la poca distancia que los separaba.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿Qué?

—Como dije antes, algunas cosas hay que decirlas en persona —tomó su mano y se llevó sus dedos a los labios—. Podemos salir juntos alguna vez, si quieres.

Nunca tuvimos oportunidad de tener citas reales, antes. Por favor, Allie, dame esa oportunidad.

—Jordan…

—Deja que te conquiste. Deja que te tiente y te seduzca —besó sus nudillos—.

Deja que te quiera.

Ella se estremeció con el contacto, pero el miedo fue más fuerte y apartó la mano.

—Si ésta es tu idea de una broma, te aseguro…

—Te quiero, Alexis. Eso no es ninguna broma —su voz se tiñó con un deje de urgencia—. Te quería hace ocho años, pero mi orgullo me impidió ir detrás de ti.

Estaba convencido de que volverías a mí, y cuando no lo hiciste, me enfadé.

Si él supiera cuántas veces había estado a punto de regresar, cuántas veces había hecho la bolsa. Cuántas veces, incluso, había llegado hasta el aeropuerto, antes de que su orgullo la obligara a darse la vuelta. Pero no podía decírselo. Aún no.

—No firmar esos papeles de la anulación era mi manera de aferrarme a ti, de tener la última palabra —se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. De tener el control. Tienes razón respecto a eso. Sí quería tener el control. Estaba seguro de que si te dejaba salir y hacer todas las cosas que querías hacer, te darías cuenta de que no me necesitabas.

Ése había sido el problema, ella estaba convencida. Lo había necesitado tanto, lo había amado tanto que le daba miedo.

—¿Qué es lo que ha cambiado ahora? —miró su rostro y notó que sus huesos se derretían con el deseo y el amor que sentía, anhelaba apoyarse en él—. ¿Qué sería distinto para nosotros? Yo tengo una casa aquí, tú estás en Five Corners. Y respecto a tener hijos…

—Cuando tú estés lista —miró a una mujer que empujaba un cochecito calle abajo, apresurándose para evitar la lluvia—. No te mentiré. Quiero hijos, tuyos, nuestros. Pero te necesito, Allie. Más que al aire que respiro. Todo lo que tengo no significa nada sin ti, Five Corners incluido.

—¿Estás diciendo que vivirías aquí, en Nueva York? —ella sacudió la cabeza con incredulidad.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —volvió a tomar su

mano—. Mi corazón está contigo, dondequiera que estés. Donde tú digas. Simplemente sé mi esposa. Ámame.

—¿Y Five Corners? —preguntó ella con voz entrecortada. Notaba que se le henchía el pecho mientras los pedacitos de su corazón volvían a juntarse unos con otros.

—Trey y yo vamos a formar una cooperativa entre los establos Stone Ridge y Five Corners, y contratar a una empresa que la dirija. Intentaremos asociar un par de ranchos más y así tendremos el más grande de todo el estado. Yo, nosotros, podemos pasar allí tanto tiempo como queramos.

—¿Trey y tú? —santo cielo. Dos de los hombres más fuertes, poderosos y obstinados que había conocido en su vida iban a hacerse socios. La idea hacía que le diera vueltas la cabeza.

Pero no podía pensar en eso en ese momento. Ni siquiera le importaba. Lo único importante era Jordan. Allí de pie, bajo la lluvia, diciéndole que la quería.

Pidiéndole, no ordenándole, que se casara con él. Que fuera su esposa. Que tuviera sus hijos.

Y ella quería tener hijos suyos, lo sabía. Pronto.

Pero antes lo quería a él. Quería vivir el equivalente a ocho años de amor y vida en el espacio de tiempo más breve posible. Decidió que no se arrepentiría de los años que habían estado separados. Se limitaría admirar hacia el futuro. Con él. Juntos.

Observó cómo él sacaba la mano del bolsillo y abría los dedos. Estuvo segura de que el corazón se le había parado un momento cuando vio lo que le enseñaba.

Su alianza. La que ella le había tirado a la cara hacía ocho años. La había guardado. Durante todos esos años, la había conservado.

—Te quiero —susurró él—. Cásate conmigo.

Ella miró el anillo, la sencilla alianza de oro. El amor, la esperanza y la necesidad la consumieron. La abrumaron.

—Allie, por Dios santo —suplicó él con voz rasgada—. Di algo, por favor.

Ella alzó la mirada hacia él y sintió cómo las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, mezclándose con la lluvia.

—Ya era hora —murmuró, posando los labios en los suyos—. Ya era hora.

Fin